

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

CIRCULOS NEGROS



st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

CIRCULOS NEGROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 324
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 9.703 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El pueblo parecía perdido en la inmensidad del desierto, un conjunto de casas que alguien hubiera arrojado despreciativamente desde lo alto, para que cayeran en cualquier parte. No obstante, había cierto orden en los edificios que flanqueaban la carretera que atravesaba la llanura abrasada por el sol y que se perdía en el horizonte por ambos lados, subiendo y bajando suavemente, a compás de las leves ondulaciones del terreno, en el que sólo se veían plantas y matojos propios de la comarca. Algunos cactos gigantes alteraban un tanto la monotonía del paisaje, en el que sólo podían sobrevivir ciertas especies animales: lagartos, serpientes venenosas y tarántulas. A veces se veían negros pajarracos, describiendo lentos círculos en el cielo casi eterno azul. Fuera de eso, sólo había desolación, quietud y fuego en el ambiente.

Cien, ciento veinte años antes. Stockton Wells había tenido importancia, como población de paso para las caravanas de los colonos que iban a establecerse en el Oeste o buscaban las fértiles tierras de California. Había sobrevivido a un par de feroces ataques de los apaches sublevados y habla conocido los fulgurantes galopes de los jinetes de uniformes azules. También había conocido algunos tiroteos en el único «saloon» del pueblo que, restaurado, se conservaba con el mismo aspecto de la época.

Ahora, Stockton Wells carecía de importancia. Aún vivían en él un centenar de personas, la mayoría ocupadas en el lánguido trabajo de una mina de oro cercana. Otras tenían algunos negocios: la cantina, el almacén general y algunos hasta trabajaban penosamente unos trozos de terreno cultivados con un esfuerzo que no compensaba apenas los productos que se obtenían de la siembra de distintas semillas y que fructificaban gracias al agua del único pozo actualmente en funcionamiento. El molino de viento aparecía con las aspas inmóviles, a causa de la falta absoluta de aire, completamente en calma. Sólo se oía el tenue rumor del compresor que movía la bomba con la que se sustituía al molino cuando no soplaba viento.

Muchos años atrás, había más pozos en Stockton Wells. Incluso se podía sacar agua por el simple procedimiento del cubo, la cuerda y la garrucha. Ahora estaban secos y cegados por la arena y las piedras que habían ido cayendo con el paso de los tiempos.

Desde el pueblo se divisaban también, como tenues rayas en distintos lugares, algunas grietas en el suelo, que parecían trazadas por alguna excavadora gigante. Los postes que sostenían los hilos del teléfono formaban una larga hilera a ambos lados de la población, callada y silenciosa en aquellos momentos.

Una nube de polvo se vio de pronto hacia el Este. A los pocos momentos, se hizo fácilmente perceptible la silueta del autobús que pasaba por Stockton Wells una vez a la semana. Brett Starr, dueño de la cantina, y encargado del correo, salió a la puerta de su local. Un poco más allá, el gordo Lou Spelling,

único alguacil, abandonó su grato descanso en el sillón que ya había tomado la forma de sus posaderas, y salió también a la calle.

A los dos hombres les pareció que el sol les abofeteaba con una ráfaga de calor. Starr volvió ligeramente la cabeza.

—Pero ¿es que no nieva nunca en este pueblo?

Spelling rió sin ganas la broma favorita del cantinero Sin embargo, le hubiera gustado ver por lo menos un poco de agua de lluvia. Era pronto para la breve temporada de lluvias. Tendrían que seguir pasando calor, se dijo.

Una mujer apareció en la puerta de su casa, situada casi frente a la oficina del alguacil. Los dos hombres la contemplaron unos instantes. Brett Starr apreció críticamente el gesto que bacía la joven. Al levantar la mano para protegerse los ojos del sol, sus senos se marcaron rotundos bajo la blusa de tela clara, abombando el tejido, en el que se señalaron inequívocamente los vértices que remataban las perfectas semiesferas. Starr sintió que la boca se le secaba repentinamente, y no sólo por el calor.

Hizo un gesto cortés.

—¿Qué tal, señorita Colfax? — saludó, de lado a lado de la calle.

—Hola, señor Starr. Buenos días, alguacil — dijo la joven.

—Buenos días, señorita — respondió Spelling.

El autobús estaba ya muy cerca. Ninguno de sus ocupantes podía saber que, en aquellos momentos, un hombre colocaba una valla a diez kilómetros de distancia, a pocos pasos de una desviación de la ruta que conducía hacia el sur.

En la valla había un rótulo prohibitivo:

CARRETERA CORTADA POR OBRAS

El autobús se detuvo y se abrió la puerta delantera. Un hombre salió disparado, rodó por el suelo un par de veces y luego se levantó, sacudiéndose el polvo de las ropas

—Oiga, amigo, ésa no es manera de tratar a la gente.

Una bolsa voló por los aires. El conductor, y cobrador también, asomó, irritado.

—¿Cree que no le he calado, amigo? Dijo que se quedaba en Great Ridge, y pagó el viaje hasta allí, pero luego se hizo el dormido, para seguir en este trasto. Su suerte es que yo no me haya dado cuenta hasta ahora, de lo contrario, créame, se habría quedado en mitad del desierto. Está bien, ya le he traído hasta aquí; a partir de ahora, compóngaselas como pueda.

El viajero alargó la muñeca izquierda.

—Escuche, le daré mi reloj...

—Métaselo en... —El conductor soltó una obscenidad y luego se encaró con Starr—.

Brett, te daré la saca del correo. No hay mucho, claro.

—Los que vivimos aquí estamos olvidados de la mano de Dios rió el

tabernero —. ¿Quién diablos se va a gastar diez centavos en un sello de correos?

Starr se hizo cargo de la saca del correo y entregó otra con la correspondencia de salida. El conductor la dejó detrás de su asiento, cerró la puerta y arrancó de nuevo.

Spelling se acercó lentamente al viajero expulsado.

—Parece que no tiene dinero, amigo — dijo lentamente.

El viajero sonrió, a la vez que se quitaba un gastado sombrero, de ala media.

—Perdí todo mi capital en Las Vegas, sheriff —explicó desenfadadamente —. Ahora me dirigía a El Cajón, donde tengo una hermana, pero, como ha podido apreciar, he sido arrojado del paraíso que era un autobús refrigerado, por un inflexible ángel guardián, con uniforme de conductor de la «Greyhound»...

—Basta de palabrería—cortó Spelling—. En primer lugar, no soy sheriff, sino solamente alguacil. —Dio su nombre y preguntó—: ¿Cómo se llama usted?

—Kent, Perry Kent, señor Spelling, y me dirigía a.

—Ya lo ha dicho. Oiga, aquí no nos gustan los vagos y los gandules. Si no tiene dinero para pagarse el hospedaje, no se preocupe; el uso de la carretera es gratuito.

—¿Quiere decir que me expulsa de la ciudad? ¿Con esta temperatura? — se asombró el forastero.

—¿Hablo chino por casualidad, para que no me entienda?

—Bueno, al menos, déjeme hasta la noche Ahora me cocería vivo en cuanto hubiese recorrido quinientos metros

Spelling vaciló. El hombre que tenía frente a él ofrecía un aspecto agradable y, al mismo tiempo, desastroso, debido a las ropas muy usadas que vestía: camisa sudada, cazadora de loneta, pantalones azules y zapatillas de tenis. La bolsa de viaje estaba asimismo muy gastada y había perdido casi por completo el rótulo de la compañía de aviación que la había regalado en tiempos.

—Déjeme ver su equipaje — pidió bruscamente.

Kent le entregó su bolsa. Spelling la examinó rápidamente. Sólo había algunas prendas de ropa, usadas, pero ya limpias. Cerró la bolsa y se la arrojó a su dueño.

—Quiero verle marcharse al atardecer —dijo—. Hay luna y no se perderá.

—Sí, señor...

Repentinamente sonó una voz de mujer:

—¡Aguarde un momento, señor Spelling!

Los dos hombres se volvieron al mismo tiempo. La joven que había salido a la llegada del autobús cruzaba la calle con paso rápido.

—Señorita Colfax...

Ella se paró segundos después.

—He oído la conversación sin querer — dijo—. Al parecer, este hombre está sin trabajo y sin dinero.

—Así es, señorita — sonrió Kent, a la vez que se descubría cortésmente.

—Alguacil, yo puedo darle a este hombre un empleo. — Ella se volvió hacia Kent— Seguramente, entiende de números, ¿no es cierto?

—Un poco...

—Soy Adriana Colfax. —La joven sonrió—. Si ha perdido su dinero en Las Vegas, entiende de números.

—¿Qué empleo piensa ofrecerle, señorita? — preguntó Spelling. Adriana se volvió.

—Esperaba la vuelta de mi contable — respondió —. Ya debería haber regresado la semana pasada...

—Envió un telegrama, diciendo que no podía volver, por la enfermedad de su esposa.

—No. Jesse Eckhorn estuvo en el Banco de El Cajón, sacó una importante cantidad de dinero y tomó dos pasajes para Bogotá, Colombia.

—Demonios — se asombró Spelling —. Entonces, es un ladrón...

—Por fortuna, dispongo de una segunda cuenta corriente, a la que él no tenía acceso, lo cual me permitirá hacer frente a las nóminas de los empleados. De todos modos, se llevó más de sesenta mil dólares y hasta que los recobre, si lo consigo, que lo dudo mucho, pasará bastante tiempo. Por esa razón necesito un contable.

—Eckhorn, convertido en un ladrón —Spelling se quitó el sombrero para rascarse la coronilla—. No puedo creerlo...

—Su mujer era joven y ambiciosa, y soportaba muy mal la vida en Stockton Wells — explicó Adriana.

—Eso sí es cierto. El tiene cincuenta años y ella menos de treinta... Muy bien, señorita Colfax; puesto que así lo desea, este hombre es suyo.

—Sólo metafóricamente — sonrió Kent—. Ya no hay esclavitud.

—Lo sé, pero procure portarse bien o le costará caro. Adiós, señorita.

—Adiós, alguacil.

Kent y la joven quedaron frente a frente Ella sonreía imperceptiblemente

—Le he sacado de un apuro — dijo.

—Cierto, señorita, y no sabe cuánto se lo agradezco.

—Haga el favor de seguirme; le enseñaré las oficinas. Y también su alojamiento. Puesto que los Eckhorn se han marchado, puede usted ocupar su casa; me pertenece, con todo su mobiliario. Ah, el sueldo será de ciento cincuenta dólares a la semana. Realmente, le pagaría ciento ochenta, pero he de descontarle treinta por el alquiler de la vivienda.

—Muy justo, señorita Colfax.

Momentos después, se detenían ante un edificio de dos pisos, con baranda exterior, a cuyos barrotes había sujeto un cartel pintado con grandes letras negras sobre fondo amarillo:

Las oficinas estaban en la planta baja y la vivienda en el primer piso. Hacía un calor insoportable.

Durante algunos minutos, Adriana explicó a su nuevo empleado cuál iba a ser su tarea. Eckhorn, manifestó, había causado cierto desorden en los libros y era preciso ponerlos en orden. Kent aseguró que no le resultaría difícil. Ya había trabajado como contable en una ocasión.

—Me lo había figurado —sonrió Adriana—. ¿En qué compañía trabajaba?

—La verdad, era un «gángster» semianalfabeto, que confiaba mucho en mi. Pero sólo en ciertos aspectos, porque cuando supe su verdadera profesión, era ya un poco tarde. Entonces, «arreglé» los libros y el tipo fue a parar a la cárcel. Se enteró de la faena y tuve que poner tierra por medio.

—No hablará en serio — dijo ella, asombrada.

—Lo que hice me libró de ir a la cárcel, pero no me evitó la promesa de aquel tipo sobre la pantalla que se iba a fabricar con mi pellejo. Por eso me largué al Oeste. Y, en Las Vegas, perdí el poco dinero que me quedaba.

—Está bien, de todos modos, no va a tener acceso a mi cuenta corriente, como Eckhorn. Y le advierto que también entiendo de contabilidad y que ahora no me mostraré tan descuidada

—Su negocio es lícito, señorita — respondió Kent significativamente.

—Gracias. Y ahora…

—Perdón. Ella le miró.

—¿Qué quiere, señor Kent?

El forastero parecía haber perdido un tanto su aplomo.

—Bueno, hace calor... y una jarra de cerveza para acompañar un buen bocadillo.

—Vaya a la cantina y hable con el señor Starr. A estas horas, ya sabe que es mi empleado. Dígale que cargue su gasto en la cuenta... pero si bebe algo más que una jarra de cerveza, esta noche atravesará el desierto a pie.

Kent se llevó un dedo a la sien.

—Beberé y comeré solamente lo que he mencionado —respondió.

* * *

Atardecía ya. El sol era una bola roja que descendía hacia el horizonte infinito. Algunos buharros daban vueltas lentamente en el cielo caliginoso.

A diez kilómetros de Stockton Wells, hacia el Oeste, el mismo individuo colocó una segunda barrera de prohibición de paso por obras. Luego se separó de la carretera y se fundió con el desierto.

CAPITULO II

Perry Kent había estado trabajando hasta bien entrada la noche, después de cenar en la cantina de Starr. Cansado, se había acostado en el que fuera lecho conyugal de los Eckhorn y se había dormido casi instantáneamente.

No sabía el tiempo que había transcurrido cuando, de pronto, le despertaron tres golpes, semejantes a aldabonazos asestados con gran fuerza. Los golpes retumbaron en el silencio de la noche.

¡Blam.... blam... blam...!

Un tanto intrigado, Kent abandonó la cama. La calle Mayor de Stockton Wells aparecía en blanco y negro, debido a la luna que un par de días más tarde sería llena. Le pareció que los golpes habían sonado al otro lado de la calle, varias casas más abajo.

De pronto, vio una sombra que se movía.

El hombre corría de una forma un tanto extraña. Kent pensó que padecía una cierta cojera. Pero llevaba un sombrero negro, de alas muy anchas, que arrojaban sombra sobre sus facciones. Las ropas eran asimismo oscuras. Si llevaba chaqueta, estaba abrochada hasta el cuello, porque no se le veía siquiera el blanco de la camisa.

La visión duró unos instantes solamente. El hombre se metió por una calleja lateral y desapareció en las sombras.

Kent pensó en volverse a la cama. Cuando ya estaba sentándose en el lecho, dio un tremendo salto. Alguien había lanzado un estridente grito en el exterior.

—¡Demonios! — masculló —. ¿He ido a caer en un pueblo de locos?

Era una mujer y seguía gritando histéricamente. Apenas si se podía entender lo que decía, pero era indudable que llamaba al alguacil.

Forastero, y aceptado de no muy buena gana además, Kent prefirió no intervenir en algo que no le concernía. A los pocos momentos, vio salir a Spelling, vestido solamente con los pantalones y ajustándose el tirante izquierdo con la mano correspondiente, ya que en la derecha llevaba un descomunal revólver.

—¡Por todos los santos del Paraíso! ¿Qué te ocurre para despertar a medía población a las cuatro de la mañana, Esther Baird? —gritó exasperadamente.

Aunque estaba a oscuras en su habitación, Kent había levantado el bastidor de la ventana, por lo que pudo escuchar claramente todo lo que se hablaba en la calle, a cuarenta pasos de distancia. Le pareció incluso ver la forma blanca de Adriana Colfax, en el porche de su casa.

—¡Mire, Lou! — Contestó la mujer, señalando la puerta—. Están las marcas que nos anunció la carta...

Spelling dijo algo entre dientes que el joven no pudo entender. Luego se oyó otra voz distinta, que sonaba en el umbral de la casa

—Eso es obra de un bromista. No hagas caso, Esther...

—Morgan, si fueses un hombre como Dios manda, saldrías por ahí a buscar a ese sujeto...

—¿Al cementerio? Estás loca y él está bajo seis palmos de tierra.

—Eso no es cierto y tú lo sabes bien...

—Por favor —dijo el alguacil, al parecer muy fastidiado por haber sido despertado en lo mejor de su sueño—. Lo mejor será que se vuelvan los dos a la cama. Esther, su marido tiene razón; es cosa de un bromista. Morgan, procura tranquilizar a tu mujer, demonios.

—Está bien, Lou; vete y no te preocupes.

En las casas se habían encendido algunas luces, que empezaron a apagarse a los pocos minutos. De nuevo volvió el silencio a Stockton Wells. Los Baird entraron de nuevo en la casa.

Kent regresó al lecho. Encendió un cigarrillo y fumó en la oscuridad, preguntándose qué era lo que había podido asustar tan terriblemente a la señora Baird. Había hablado de una amenaza, pero no se le alcanzaba su contenido, aunque se figuraba que debía de haberle infundido un pánico espantoso.

—Debe de ser algún pleito entre vecinos enemistados —supuso. Stockton Wells era una población pequeña y allí se conocían todos sobradamente. Un conflicto podía durar años enteros y degenerar en un choque sangriento. Le convenía mantenerse al margen.

Al cabo de un rato empezó a notar que volvía el sueño. Hizo un par de movimientos para acomodar mejor su cuerpo al colchón y la almohada y cuando ya estaba cayendo de nuevo en una dulce somnolencia, volvió a oír un chillido, seco y corto como un latigazo.

El chillido se repitió, seguido de unos gritos espantosos. Luego sonaron varios estampidos de arma de fuego. Kent se levantó rápidamente y corrió a la ventana.

Las luces se habían encendido en casa de los Baird. La mujer estaba en la puerta, chillando histéricamente, con el frenesí de una demente en el paroxismo de su locura. Kent empezó a pensar que, pese a su condición de forastero, tenía que hacer algo y empezó a vestirse.

—¡El aviso se ha cumplido! — Gritaba Esther una y otra vez—. ¡Mi esposo va a morir! Esto era más grave, pensó Kent, a la vez que se ponía los pantalones.

Momentos más tarde, estaba en la calle. Había más luces encendidas.

Adriana Colfax corría hacia la casa de los Baird. Spelling cruzaba la calle en aquel instante. Kent salió al exterior y echó a correr.

—¡Esther! ¿Qué le ha pasado a su esposo? — gritó el alguacil.

—Una serpiente de cascabel... Le ha mordido en la mejilla. Ha podido matarla, pero ya... ya no...

Kent sintió un escalofrío de horror. Un hombre mordido por una serpiente de cascabel en una pierna, tenía razonables esperanzas de supervivencia. En la mejilla, el veneno llegaría muy pronto al cerebro. Allí no se podía hacer un

torniquete...

Como otros muchos, Kent se acercó a la casa, en la que ya se hallaban Spelling y un par de hombres más. Varias mujeres trataban de consolar a la atribulada señora Baird.

En el interior de la casa se oían unos horribles ronquidos. A la luz de la lámpara del porche, Kent pudo apreciar algo que le explicó el triple sonido de lo que le habían parecido unos aldabonazos.

Eran tres círculos negros, formando un triángulo., cada uno de los cuales era un poco mayor que un dólar de plata. En realidad, eran unos aros de color negro, bastante anchos. Sin duda, se trataba del aviso mencionado por Esther.

Un hombre salió en aquel momento de la casa. Su rostro aparecía grave, lleno de sombras.

—Lo siento —dijo—. Morgan acaba de morir.

Esther ovó aquellas palabras y se desmayó fulminantemente.

* * *

Kent desayunó en la cantina, Starr tomo nota del gasto, y luego, el único cliente que el tabernero había tenido aquella mañana, se encaminó a su trabajo. Kent estaba casi por completo ignorante de lo sucedido. Starr se había mostrado muy reticente cuando le preguntó acerca de la muerte de Morgan Baird. Incluso le habla parecido amedrentado.

Una vez en el despacho, empezó a poner en orden unas facturas y algo de correspondencia, que estimaba necesario, para dejar los libros al día. A los pocos minutos, entró Adriana.

Kent se puso en pie.

—Buenos días, señorita — saludó, cortés.

—Buenos días —respondió ella—. Supongo que no habrá podido dormir mucho en su primera noche en Stockton Wells —añadió.

—Al menos, hasta las cuatro, dormí como un tronco. Después... He oído decir que un hombre ha muerto.

—De la forma más horrible que usted pueda imaginarse. Mordido por una serpiente de cascabel. Aunque consiguió matarla a tiros, era ya tarde.

—No tuvo que ser agradable, en efecto — convino Kent —. Pero me pareció haber oído hablar de una amenaza.

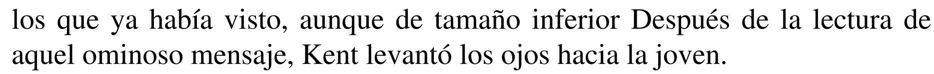
Adriana hizo un gesto de asentimiento. Fue a su escritorio, abrió un cajón y extrajo una carta, que entregó a su empleado.

—Lea, por favor.

Kent tomó la misiva. Era muy corta:

> Tienes que pagar lo que hiciste Éxodo. X I I . 22 y 23. Y ésta será mi marca.
>
> George Blount.

Al pie de la cuartilla, había tres círculos negros, en triángulo, similares a


los que ya había visto, aunque de tamaño inferior Después de la lectura de aquel ominoso mensaje, Kent levantó los ojos hacia la joven.

—¿Qué hizo usted? — preguntó.

—Nada —respondió ella—. Tengo la conciencia tranquila. No tengo la menor culpa de la muerte de George Blount.

—Por eso la señora Baird habló del cementerio…

—Debía de ser una metáfora. Blount no fue enterrado en el cementerio. Al menos, que yo sepa.

—Diríase que fueron varios los que intervinieron en su muerte, ¿no es así?

—Exacto. Ocurrió hace ya unos tres años. Ni siquiera había venido yo a vivir a Stockton Wells, de modo que puede imaginarse fácilmente que la amenaza no me concierne en absoluto, pese a lo que pueda decir la carta.

—¿Hay una absoluta seguridad de la muerte de Blount?

—Por lo que sé, está muerto. Pienso que alguien tomó su nombre, para asustar a la gente...

—Ahora ya no se trata solamente de dar sustos, señorita Colfax. Un hombre ha muerto.

—Mordido por una serpiente de cascabel. Y no suelen entrar en las casas, créame.

—Lo cual significa que alguien la introdujo en la casa.

—Tuvo que ser así, a la fuerza Kent volvió a leer la carta.

—Aquí menciona uno de los libros sagrados de la Biblia ..

—Se refiere a la última plaga que Jehová envió a los egipcios, porque, a pesar de las nueve anteriores, Faraón no quería permitirles marchar a la Tierra Prometida. Si ha leído la Biblia, sabrá que Jehová, recomendó a Moisés que divulgara su orden entre los hebreos. Aquella noche, todas las puertas de las casas de los hebreos debían estar señaladas con sangre, para que el ángel vengador pasara de largo y exterminara solamente a los primogénitos de los egipcios. Claro que aquí sucede a la inversa: el ángel exterminador mata solamente en la casa marcada. Pero el significado es idéntico.

—Sí —admitió Kent—, Es una cita muy interesante. Y, si no le importa, me gustaría hablar con el alguacil.

—¿Por qué?

—Alguien marcó esos tres círculos en la puerta de la casa de los Baird con algo que hizo mucho ruido. Yo me desperté entonces y me acerqué a la ventana. Entonces, pude ver huir a un hombre, que cojeaba un tanto, aunque no logré verle la cara.

—¡Un cojo! — exclamó Adriana.

—Sí. ¿Por qué le extraña?

—Blount también cojeaba, señor Kent.

—Eso no significa nada. Si Blount está muerto y alguien quiere tomar su puesto, ha de cojear, para que alguien tome la superchería como realidad. 6Le importa que vaya a ver al señor Spelling?

—Vaya —accedió la joven—. Es su deber.

* * *

El pueblo parecía aplastado por el sol, pese a que eran solamente las diez de la mañana. Cuando Kent entró en la oficina del alguacil, lo vio hablando con un sujeto, que parecía muy nervioso. Spelling dejó al hombre y se encaró con el recién llegado.

—¿Qué es lo que quiere, amigo? — preguntó de mal talante.

—Sé lo que ocurrió anoche, alguacil — contestó Kent sin perder la serenidad—. La señorita Adriana me ha contado algo. Después de que alguien hiciera las marcas en la puerta de la casa de Baird, vi a un hombre que corría bastante, a pesar de su cojera. Sin embargo, no pude distinguir sus facciones. Llevaba un sombrero de alas anchas y eso le tapaba la cara.

—¡Dios santo! —Exclamó el sujeto que hablaba con Spelling—. ¡Es él, Lou! ¡Es George Blount!

—Calma, Clem, calma —recomendó Spelling—, Alguien quiso gastarnos una broma pesada a unos cuantos de los que vivimos en este pueblo, y por Satanás, que si le pongo la mano encima, lo va a tener que lamentar mientras viva. George está muerto, ¿entiendes. Clem Rooster? Lo sabes tan bien como yo y como todos los demás...

Spelling se interrumpió bruscamente y miró al Joven.

—¿Qué hace aquí todavía? — preguntó.

—Oh, nada; sólo vine a informar...

—Ya lo ha dicho. Gracias.

—Sí, señor.

Kent dio media vuelta. Antes de salir, pudo oír todavía unas palabras del alguacil:

—Clem, esto ha sido una casualidad, sólo una casualidad, ¿entiendes? No es muy corriente, pero a veces se puede dar el caso... En fin, el pobre Morgan ha tenido mala suerte de que se le metiera en casa una maldita serpiente, eso es todo.

Kent ya no quiso seguir escuchando. De repente, se sintió aprensivo.

—¡Caramba, si eso fuese cierto! No me gustaría ser mordido por un crótalo mientras duermo

Pero luego se tranquilizó, pensando en que dormía en un primer piso y que, para evitar semejante riesgo, le bastaba con revisar adecuadamente el dormitorio y el cuarto de baño, antes de echarse a dormir y cerrar bien la puerta.

Tranquilo al respecto, volvió a la oficina, contó a Adriana lo sucedido y reanudó su trabajo.

* * *

A diez kilómetros al Oeste de la población, un hombre estaba subido a uno de los postes que sostenían el tendido telefónico. Por medio de unos alicates,

cortó los hilos, pero no los dejó caer al suelo, sino que los empalmó de nuevo, empleando cinta aislante negra. Aunque, desde el suelo, los cables ofrecían un aspecto enteramente normal, los hilos de cobre de su interior tenían ahora una solución de continuidad, que hacía imposible la comunicación por el teléfono.

Al terminar, el hombre se alejó cojeando, perdiéndose en el desierto a los pocos minutos.

CAPITULO III

A las cuatro de la tarde, una lúgubre comitiva cruzó la calle Mayor de Stockton Wells. Cuatro individuos, ataviados con trajes oscuros, llevaban a hombros un ataúd de sencilla madera de pino.

—Muy pronto entierran a Baird —comentó Kent.

—La temperatura es muy alta—respondió Adriana significativamente.

—Oh, comprendo —Un cadáver no se podía tener demasiadas horas en casa, y más si se pensaba en la clase de muerte que había padecido. El veneno de la serpiente aceleraría la descomposición del cuerpo, pensó.

Adriana se dispuso a salir.

—Asistiré al entierro — manifestó—. Si lo desea, puede acompañarme, señor Kent.

El joven vaciló. Era algo que no le gustaba, pero tampoco podía rechazar de plano la sugerencia.

—Sí, señorita.

Agarró el sombrero y salió detrás de la joven.

El cementerio estaba en una loma, situada a unos cuatrocientos metros de la población. Había algunas lápidas de piedra, pero eran las menos. Las cruces de madera aparecían resquebrajadas, con la pintura casi borrada por la arena movida por el viento. A pesar del sol, era un lugar triste y lóbrego.

Kent había estado en cementerios con muchos árboles y césped por todas partes. Eran lugares que daban la idea de un apacible descanso. También descansaban los que yacían en sus tumbas, en aquel abrasado cementerio rural, pero le pareció que debían de sentirse tan sofocados como cuando vivían. Trató de apartar aquellas tétricas ideas de su monte.

La fosa estaba ya cavada y el ataúd fue bajado al fondo con cuerdas. Luego, un hombre vestido de negro, con alzacuello blanco, se adelantó unos pasos y empezó a recitar una oración fúnebre.

—Es Mark Wedding, el tendero — explicó Adriana en voz baja—. Fue pastor en su juventud y lo dejó, pero aquí dirige los oficios dominicales y asiste a los entierros. Entonces, se viste como un clérigo.

Los hombres tenían sus sombreros en las manos. Kent pensó que se le iban a derretir los sesos. Las mujeres permanecían silenciosas, salvo la señora Baird, que sollozaba quedamente.

La ceremonia terminó pocos minutos más tarde. Los asistentes empezaron a disolverse. De súbito, se oyó un estridente alarido.

—¡No, no, a nosotros no!

Kent respingó. Adriana volvió los ojos.

A quince pasos de distancia, una mujer era sacudida por terribles espasmos. Un hombre, sin duda su marido, trataba de contenerla, mientras mantenía la vista fija en un determinado punto del cementerio.

Kent se acercó un poco. Entonces vio algo que le llenó de asombro.

Alguien había trazado un rectángulo en el suelo, en un trozo libre, cuatro rayas de un par de centímetros de profundidad y otro tanto de anchura, con las dimensiones exactas de una sepultura. En el centro de la misma, había un pequeño poste que sostenía un rótulo de madera, con una inscripción que ponía los pelos de punta:

LUGAR DESTINADO PARA EL ETERNO DESCANSO DE MAX CROMWELL

Los tres círculos negros eran una contraseña fatídica que ninguno de los presentes podía ignorar.

En el cielo, unos buharros daban vueltas lentamente.

* * *

Al atardecer, el desconocido realizó la misma operación en el lado Este de la línea telefónica. Una vez más, volvió a desaparecer en el desierto.

En el pueblo, Kent había dado por terminada su tarea. Adriana cerró su escritorio y se levantó.

—Cenará en la cantina, señor Kent —dijo la joven.

—Es el único sitio, me parece... Ella sonrió ligeramente.

—Le daré un cheque de cincuenta dólares, a cuenta de su primer sueldo —dijo—. Creo que necesita algo de ropa y el señor Wedding se la puede facilitar. Mencione mi nombre; le dará la vuelta en metálico y así tendrá para sus pequeños gastos.

—Parece que confía en mí —sonrió Kent.

—Debo correr ese pequeño riesgo — respondió ella.

—No corre ningún riesgo, se lo garantizo, pero, de todos modos, muchas gracias. Y me iré muy pronto a la cama; el ambiente del «saloon» no invita a permanecer allí demasiado rato.

Adriana frunció el entrecejo.

—Es posible —admitió—. Starr es otro de los que recibieron una misiva de Blount.

—Parece que murió asesinado...

—Lo apalearon brutalmente y luego lanzaron su cuerpo a un pozo seco. Buenas noches, señor Kent.

—Buenas noches.

Kent permaneció todavía unos minutos en la oficina. Fue luego al almacén de Wedding y compró una camisa, unos pantalones y un par de pañuelos. Recogió luego los veintiocho dólares de vuelta y se encaminó a la cantina.

Cuando llegó, Spelling, el alguacil, estaba hablando con un grupo de individuos, que formaban circulo a su alrededor.

—No tienes que preocuparte de nada, Max —decía en aquel momento —. Esta noche, y todas las que hagan falta, vigilaremos tu casa por turnos. Uno cubrirá la puerta que da a la calle Mayor y otro se situará frente a la trasera.

Por supuesto, nada de llevarse un frasco con aguardiente para entretener la espera; eso da sueño indefectiblemente. Claro está. Max, tú también cubrirás un turno...

Spelling se interrumpió de pronto, para lanzar una mirada nada amable al recién llegado.

—¿Qué busca ahora, Kent?

—Vengo a cenar, alguacil —respondió el joven cortésmente—. Pero si estorbo... Spelling hizo un gesto con la mano.

—Anda, sírvele, Brett —rezongó.

Kent buscó una mesa situada en el extremo opuesto. Escuchó a Spelling, mientras daba instrucciones a los que supuso hombres más importantes del pueblo. Faltaban, naturalmente, los mineros, pero estaban a mucha distancia y, además, no aparecían hasta el viernes por la noche.

Cuando Spelling terminó su perorata, uno de los presentes le hizo una consulta:

—Lou, ¿no crees que deberíamos avisar…?

—¡No! —cortó el alguacil, tajante—. Este es un asunto nuestro, de la ciudad de Stockton Wells. No queremos que policías forasteros vengan a meter las narices en nuestros problemas. La ley nos apoya y, si es preciso, yo puedo nombrar delegados míos, con tanta autoridad como yo mismo. ¿Está claro?

Para Kent, estaba claro que había un miedo espantoso. Hubiera muerto o no George Blount, resultaba evidente que todos se sentían culpables de lo sucedido. Pero ¿por qué habían cometido un crimen tan brutal?

Pero más extraño todavía era que Adriana hubiese recibido una amenaza semejante a la de otros muchos. ¿Por qué, si ella m siquiera vivía en el pueblo en el momento de la muerte de Blount?

* * *

El hombre emitió un bostezo largo y satisfecho, al ver que se acercaba otro individuo con un rifle en la mano.

—Ya era hora, Alfie —dijo Will Marston—, Todo en orden por este lado.

—Está bien, puedes irte a la cama, Will —contestó el recién llegado.

Marston echó a andar hacia su casa, situada en el lado sur de la población. Sentíase muerto de sueño y lo único que deseaba era meterse en la cama Claro que antes se tomaría un buen trago de whisky. A pesar de todo, estaba un poco nervioso.

—Maldita sea —rezongó entre dientes—. George está muerto y bien muerto. ¿Por qué diablos viene alguien a remover aquel asunto?

Un poco después, dobló una esquina. Entonces, una sombra surgió repentinamente de la pared, cortándole el paso.

Marston se paró en seco.

—Dios, no...

—Sí, soy yo —contestó el otro. Y, de repente, movió la mano derecha. Marston sintió un tremendo golpe en la frente y perdió el sentido instantáneamente.

El atacante sonrió satisfecho en la oscuridad. Marston no había emitido un solo grito. Retrocedió un par de pasos, se puso unos gruesos guantes y con la mano izquierda, levanto la tapa de una cesta de mimbre que tenia al lado.

Algo protestó con sonidos repiqueteantes, de tono oscuro. Cuando la culebra salía de la cesta, el hombre movió su mano derecha rápidamente y la agarró por el cuello.

El reptil se agitó frenéticamente. La mano que lo sujetaba lo acerco al cuello del caído. La serpiente, furiosa, mordió. El hombre hizo que mordiese de nuevo. Luego volvió el reptil a la cesta y la tapó.

Por último, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y lo situó en el suelo, sujeto por el cañón del rifle Agarró el asa de la cesta y echó a correr silenciosamente, amparado por las sombras de la noche.

* * *

La bomba de agua enviaba el líquido satisfactoriamente a los pisos altos. Perry Kent se duchó y disfrutó del frescor del agua durante unos minutos. Después de secarse, se vistió y salió de la casa. Era todavía temprano y Adriana no llegaría a la oficina hasta dentro de media hora.

En la cantina tomó un par de huevos con tocino y café. Al menos, reconoció, Brett Starr tenía unos víveres de primera calidad. El café era de lo mejor que había probado en mucho tiempo.

Al terminar, prendió fuego a un cigarrillo. Starr acudía para llevarse el servicio. Kent le miró a través del humo.

—Señor Starr.

—¿Si?

—¿Le importaría decirme algo sobre lo que sucede en Stockton Wells?

—Usted es forastero. Nuestros asuntos no le interesan en absoluto —respondió el cantinero abruptamente.

—Tengo un empleo. Si me gusta, puedo convertirme en vecino de esta población.

—Entonces, esperaré.

—Disculpe, no quise molestarle.

Starr agarró la bandeja y dio media vuelta. Pero, de pronto, se detuvo, para encararse de nuevo con el Joven.

—Amigo, voy a darle un consejo. Espero que lo acepte —dijo hoscamente.

—Desearía aceptarlo, si es bueno — respondió Kent, impertérrito.

—Lo es. No meta sus narices en nuestros asuntos y todo marchará estupendamente para usted. ¿Entendido?

—Seguiré el consejo al pie de la letra, no se preocupe.

Kent dio una chupada al cigarrillo y se puso en pie. ¿Por qué se mostraban

tan reticentes algunos de los vecinos de Stockton Wells?

«No tienen la conciencia tranquila», fue la conclusión a la que llegó muy pronto.

Abandonó el «saloon» y caminó hacia su oficina. Cuando pasaba por delante de la oficina de Spelling, vio a éste hablando con una mujer, que parecía muy aprensiva.

—Will no ha vuelto. Lou —decía ella—. He hablado con Alfie Skinner y me ha dicho que lo relevó a las cuatro de la mañana. Le habrá sucedido algo...

—Descuide, Rhea —contestó Spelling—. Will andará por alguna parte. Yo mismo iré a buscarlo y se lo llevaré a casa de las orejas.

—Gracias, alguacil.

La señora Marston se marchó. Spelling fijó la vista en el joven.

—Me imagino dónde debe de estar ese condenado Will —masculló el alguacil—. Hay aquí una viuda muy friolera y siempre necesita que alguien le dé calor... El muy estúpido, habrá ido a verla después de su turno de centinela, y se habrá quedado dormido en la cama...

Repentinamente, a cincuenta pasos de distancia, estalló un potente grito. En el absoluto silencio que reinaba a primeras horas en Stockton Wells, la voz del hombre resonó como si brotara de un gigantesco megáfono:

—¡Lou, ven inmediatamente! Marston está aquí, en el callejón, muerto por una serpiente venenosa

La rellena mandíbula del alguacil cayó repentinamente.

—Rayos, no

Luego, con gesto impulsivo, echó a correr, a pesar de sus abundantes grasas. Kent le siguió, pese al consejo recibido no hacía demasiados minutos.

Segundos después, veía el cuerpo de un hombre, horriblemente hinchado por los efectos del veneno de la serpiente. Oyó blasfemias y palabrotas, y también vio a

Spelling inclinarse para coger el papel sujeto por el cañón del rifle, que la víctima no había tenido tiempo de usar.

Estupefacto, Spelling leyó en voz alta:

—La sepultura que marqué ayer para Cromwell no significa que haya de seguir un orden establecido de antemano. Hay muchos culpables v Marston era uno de ellos. G. B.

El alguacil calló un instante, antes de añadir:

—En la carta están los tres círculos negros.

CAPITULO IV

—Parece que está claro. La tumba señalada en el cementerio, era solamente una trampa, en la cual debía caer otro distinto — dijo Kent poco más tarde, cuando Adriana había llegado ya a la oficina y enterada de la terrible noticia.

—Así, Blount pudo sorprender fácilmente a Marston, descuidado y tranquilo, al menos por esta noche

—En efecto. Ahora bien, las circunstancias eran distintas. Marston no estaba en la cama, más o menos dormido, sino despierto y con un rifle en las manos. Por ello, lo atontó primero de un buen golpe y luego... ¿Cómo pudo conseguir que la serpiente emplease sus colmillos venenosos?

—No lo sé. Sin embargo, he oído decir que Blount era un experto en la comarca y que conocía el desierto tan bien como yo la palma de mi mano. Un hombre de esas cualidades, es capaz de atrapar una serpiente de cascabel y emplearla como arma, ¿no le parece?

—Arma mortífera —murmuró Kent—. Pero ¿qué pasó? ¿Por qué asesinaron a Blount?

—He oído hablar algo de un yacimiento de oro, que encontró él después de muchos años de buscar sin resultado. Tal vez eso tenga relación con su muerte —apuntó la joven.

—A estas alturas, aún hay buscadores de oro —se asombró él.

—Para mí, Blount era el último, aunque no llegué a conocerle, claro. Pero por lo que he oído decir, era un hombre que conocía el desierto mejor aún que yo esta misma oficina. Además, ere infatigable, capaz de caminar días enteros, sin más que unas pocas horas de sueño.

—Seria joven...

—Unos cuarenta y cinco años, pero de una clase de hombre que tenía una robustez inconcebible y una salud a prueba de bomba. De todos modos, no sé mucho más; la gente en Stockton Wells es muy reticente cuando se quiere saber algo de Blount.

—Quizá no tienen la conciencia tranquila — apuntó Kent.

—Eso es seguro. Los unos, porque actuaron y los otros, porque no lo impidieron.

—A veces, suele suceder. Una explosión de ira popular, un linchamiento... y luego todos se avergüenzan de no haber sabido reprimir sus instintos. Y eso puede causar un trauma para toda la vida.

—Por lo visto, aquí lo empiezan a pagar ahora. De todos modos, yo tengo la conciencia tranquila. No he cometido ninguna falta que deba lamentar — declaró Adriana.

Kent la miró durante un segundo. Le pareció que la joven no era sincera totalmente, había en sus mejillas un leve enrojecimiento y su pecho palpitaba con ritmo un tanto acelerado. ¿Tenía también su parte de culpa? se preguntó.

Adriana era joven, y espléndidamente hermosa, pero la edad de la adolescencia había quedado ya atrás. Kent calculó que debía tener unos veinticinco, quizá veintiséis años, llenos de un esplendoroso atractivo, una mujer completamente hecha... pero con algún punto oscuro en su vida. De eso no le cabía ya la menor duda.

De pronto, ella hizo un ademán.

—Señor Kent...

—Sí, señorita.

—Haga el favor de llamar por teléfono a la Compañía de Suministros Riverside, de El Cajón. Dígales que espero el pedido hoy lo más tarde. Ellos ya saben de qué se trata. Encontrará el número de teléfono en la agenda que hay sobre su mesa, La línea es directa.

—Muy bien.

Kent buscó la agenda y, tras hallar el número, pulsó las teclas correspondientes. Pero nadie contestó a su llamada.

Insistió por segunda vez. De pronto, le pareció que el teléfono no funcionaba.

—Oiga, o esto no marcha o no me contestan en El Cajón —exclamó. Adriana levantó la cabeza de los documentos que estaba estudiando.

—Quizá haya alguna interrupción en mi línea particular —dijo—. Llame a Spelling y dígale que le permita telefonear desde su oficina. A veces lo hago cuando mi teléfono se estropea.

—¿Debo llamar primeramente a la operadora?

—No. Hay una centralita automática para el servicio del pueblo, con unas treinta líneas. La compañía telefónica juzgó que, le resultaba más barato que mantener un par de mujeres que atendiesen a los clientes, con una centralita manual.

—Sí, parece lógico.

Kent buscó y encontró el número del alguacil y habló brevemente con él. Spelling accedió a la petición. El joven se puso en pie.

—Iré a hacer la llamada — manifestó.

El sol vomitaba ríos de fuego cuando salió a la calle. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. ¿Quién podía tener interés en vivir allí?, se preguntó.

Junto a la ventana de una casa, sentado en su interior, vio a un individuo con un rifle en las manos. El hombre le miró penetrantemente. A Kent le vinieron a la memoria las películas del Oeste, en donde los colonos aguardaban tensamente el ataque de los indios al amanecer. Pero allí se trataba de un solo hombre... y sus armas no eran arcos, flechas y lanzas o Winchesters, sino una serpiente de cascabel.

Si era Blount, si no había muerto realmente, ¿dónde se escondía?

Cuando llegó a la oficina del alguacil, lo vio rodeado de varios individuos armados, a los que estaba impartiendo órdenes con acento lleno de energía:

—Bob, Jack, vosotros patrullaréis hacia el Sur. Iréis hasta el límite y luego haréis una exploración de doce kilómetros en ambos sentidos. A la vuelta,

debéis zigzaguear, para ver de encontrar rastros. Tened los ojos bien abiertos y no olvidéis llevar una lata de repuesto de gasolina y otra de agua. ¡Nada de alcohol; no quiero visiones fantásticas por un trago de más! ¿Está claro?

Los dos hombres asintieron y se marcharon. Spelling dijo algo parecido a otras dos parejas. Quedaba todavía un hombre, Brett Starr, y el alguacil le dijo que fuese a buscar su coche y que le aguardaba en la puerta de la oficina. Cuando Starr hubo salido, se encaró con el joven.

—¿Y bien, señor Kent?

—Ya se lo anticipé por teléfono, alguacil…

Spelling señaló el teléfono que había sobre su mesa.

Luego fue al armero, eligió cuidadosamente un rifle y sacó un cinturón canana, con el revólver en su funda. Luego fue a un cajón del escritorio y extrajo un par de cajas de cartuchos. En aquel instante, Kent dejaba el teléfono sobre la mesa.

—Lo siento — sonrió—. No funciona. Spelling le miró críticamente.

—¿Está seguro?

Kent se apartó de la mesa y señaló el aparato con la mano. Spelling dejó las armas a un lado y levantó el auricular. Mientras marcaba las cifras que el joven había llevado escritas en un papel y que estaban junto a la base del teléfono, Kent pensó que acababa de asistir a otro episodio de una película del Oeste: cuando el sheriff reúne a los conciudadanos, para organizar una partida armada y salir en persecución de los forajidos que han asaltado un Banco.

«Sólo que aquí se trata de un hombre que ha cometido ya dos asesinatos y, en lugar de caballos, usan automóviles», pensó.

Spelling le miró desconcertado.

—No funciona — dijo.

—Puede que se haya producido un corte en la línea —apuntó Kent, con la sonrisa en los labios.

—No es corriente. Además, no hemos tenido una tempestad en muchos días y ayer mismo estuve hablando con mi hermana en Great Ridge... ¡Espere, Great Ridge está al Este y El Cajón al Oeste! Voy a comprobar si la línea funciona por el otro lado. De este modo, mi hermana llamaría a El Cajón, ¿comprende? Tendría que usar otro circuito distinto...

Spelling accionó rápidamente el disco de las cifras. Al cabo de unos momentos, Kent vio un singular cambio de expresión en su rostro.

—Tampoco funciona — murmuró.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, antes de que pudiera decir nada, Starr se asomó a la puerta y exclamó:

—¡Lou, le han quitado las bujías a mi «Jeep»! Tengo dos ruedas rajadas y, además, le han vaciado el depósito de aceite y se han llevado el tapón.

En un instante, Kent lo vio claramente, el rostro de Spelling tomó el color, de la ceniza.

* * *

—Así, pues, estamos incomunicados por teléfono... —dijo Adriana, muy preocupada.

—Y no hay un solo coche en estado de funcionamiento. A todos les faltan las bujías, tienen algunos neumáticos rajados y les han vaciado el depósito de aceite, cuando no el de combustible. ¿Había muchos coches en Stockton Wells? — preguntó el joven.

—No demasiados, una docena a lo sumo, casi todos ellos tipo «jeep»; es lo que mejor se acomoda a la zona — respondió ella—. Incluso el mío es también un «jeep»... ¡Oiga, lo tengo en el patio trasero de mi casa! — Exclamó de repente—. Podríamos ir a ver si funciona, ¿no le parece?

—Como usted ordene.

Adriana y el joven salieron de la oficina, cruzaron la calle oblicuamente y dieron la vuelta a la casa en la que, según se apreciaba, era de las poquísimas que tenían un pequeño trozo de tierra con plantas y flores, que daban algo de color al ambiente. El «jeep» estaba en el lugar indicado y Kent se sentó inmediatamente tras el volante.

Las llaves estaban en su sitio. Kent accionó el arranque y el motor ronroneó satisfactoriamente. Kent dirigió una sonrisa a la joven.

—Bueno, al menos hay un coche que funciona —dijo. Ella se sentó a su lado.

—Se lo llevaremos a Spelling. El decidirá quién debe utilizarlo — manifestó.

—Perfectamente.

El grupo de hombres que conversaban excitadamente en la puerta de la oficina del aguacil suspendió en el acto sus conversaciones al ver que se acercaba un «jeep». Kent lo paró frente a la puerta. Adriana saltó fuera en el acto.

—Señor Spelling, aquí tiene mi coche —dijo—. Úselo como estime más conveniente. El alguacil dirigió una larga mirada a la joven. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

—Skinner, tú irás con Jack Lawson. Llevaos agua y una lata de gasolina de repuesto. Wedding os la dará, con cargo a la oficina. Debéis patrullar, describiendo círculos cada vez más extensos en torno al pueblo.

Entró en la oficina y salió con una radio portátil en las manos.

—Habrá alguien a la escucha en todo momento — indicó.

—Lou, ¿qué hacemos con él si nos lo encontramos?

Hubo un instante de silencio. Luego, lentamente, Spelling dijo:

—Queremos que Blount vuelva al pueblo para siempre. Skinner asintió.

—Lo traeremos — aseguró.

Kent abandonó el «jeep». Skinner ocupó su puesto. Jack Lawson se sentó a su lado. El coche arrancó de inmediato, mientras Kent meditaba sobre la última frase del alguacil. No había dicho que trajeran a Blount «vivo o muerto», pero sus palabras tenían el mismo significado.

Era fácil de comprender: si Blount no había muerto en la primera ocasión, ahora era preciso acabar con él.

Spelling siguió dando órdenes:

—Es preciso recomponer todos los «jeeps» que se puedan con piezas de los demás. Hay que cambiar los neumáticos rajados y buscar tapones para los depósitos de aceite. Wedding tiene bujías de repuesto. También podéis pedirle gasolina. Vamos, hay que actuar de prisa; no podemos permitir que ese hijo de perra se burle de nosotros.

El grupo se disolvió casi instantáneamente. Entonces, Spelling bajó de la acera, se acercó a la muchacha y quedó frente a ella, con las manos en los costados.

—Es curioso —dijo con voz un tanto hiriente—. Todos los coches del pueblo han sufrido una avería u otra, pero el único que ha quedado en condiciones de rodar es el suyo. ¿No le parece demasiada casualidad, señorita Colfax?

Kent frunció el ceño al oír aquella pregunta. Miró a la joven y vio que había palidecido intensamente.

—¿Piensa acaso que lo hice yo? — preguntó Adriana.

—No, pero...

—Alguacil, no me gustan las insinuaciones — dijo ella fríamente —. Si tiene algo que decir, dígalo con toda claridad; y si piensa que he cometido un delito, métame en la cárcel. No me gustan las medias tintas... y piense también que usted cobra un sueldo, pagado en parte con mis impuestos, sin olvidar que soy quien abona la cuota más elevada de la ciudad.

Spelling se puso colorado hasta las orejas. Antes de que pudiera decir nada, Adriana continuó:

—Yo también recibí una carta análoga a la que muchos recibieron. Y no estaba en Stockton Wells cuando Blount fue linchado. Eso es algo irrefutable y que ni usted mismo puede negar.

—Le aseguro que no quise ofenderla, señorita — dijo el alguacil, muy turbado.

—Si yo tuviera algo que ver con los estropicios causados en los coches, habría empezado por el mío —siguió Adriana, muy excitada—. Y si usted fuese un alguacil consciente de su deber, ya estaría recorriendo la carretera a pie, para ver de localizar el corte en la línea telefónica.

Kent no quiso intervenir. Situado a prudente distancia, escuchó en silencio el diálogo entre Adriana y el alguacil. Después de las últimas frases, ella giró en redondo y empezó a caminar hacia la oficina.

Cuando llegaban al edificio, vieron cierto revuelo en la puerta del almacén de Wedding.

Alguien lanzó una sonora maldición.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir una cosa semejante, Mark? — chilló el individuo.

—No lo sé. El caso es que toda la gasolina ha corrido hacia la vieja

cisterna y que alguien, además, ha echado unos cuantos cubos de agua y montones de basura. Lo que hay en el fondo de ese pozo, no sirve absolutamente para nada — respondió Wedding.

Kent entró en la oficina. Adriana estaba muy pálida.

—Alguien quiere sitiar el pueblo —dijo el joven.

—Sí —contestó ella escuetamente.

CAPITULO V

Skinner aplicó el freno y cortó el contacto. Luego paseó la vista a su alrededor.

—¡Dios, qué paisaje! —murmuró—. Si tuviera hambre, pondría una piedra a la sombra y me la comería después de diez minutos. ¡Hasta las piedras se asan en este maldito país!

Lawson saltó al suelo y se apartó unos pasos. Lanzó una risita.

—Mira, la orina se seca instantáneamente —dijo.

—No estoy para bromas —gruñó Skinner—. Me pregunto por qué diablos no acabamos la faena hace tres años.

—¿Acabar la faena? Bien acabada quedó...

—No, George era un tipo duro, muy duro. Alguien debió meterle una bala en su cabezota, para cerciorarse de que quedaba bien muerto.

—¿Lo habrías hecho tú, Alfie? —Lawson se cerró la bragueta de los pantalones y volvió junto al «jeep».

Skinner lanzó un reniego. No, no habría sabido apretar el gatillo de un revólver. Íntimamente reconoció que sólo fue valiente, unido a la masa aullante y enloquecida por la rabia... pero ni siquiera en aquellos instantes se habría sentido capaz de usar un revólver. Se pasó una mano por la cara reseca y cubierta de polvo blanquecino.

¿De qué les había servido lo que hicieron? No habían obtenido ningún provecho después... y ahora, Blount estaba vivo y ya había matado a dos. ¿Cuántos más morirían aún?

A su derecha, Lawson había descolgado la cantimplora, con capacidad para cinco litros.

—Bebe, pero no te mojes la cara —aconsejó Skinner—. El día es muy largo.

—Descuida, socio.

Lawson destapó el recipiente y lo alzó con ambas manos para aplicar el gollete a los labios. De repente, una fuerza irresistible le arrancó la cantimplora y la hizo saltar a un par de metros de distancia.

El estampido del rifle llegó simultáneamente. Lawson quedó un instante quieto, con las manos todavía ridículamente en alto, negándose a creer en lo sucedido. Luego reaccionó y corrió a buscar su rifle, mientras Skinner accionaba la llave de contacto.

Una de las ruedas traseras estalló ruidosamente. La segunda explotó poco después. Los dos hombres, actuando con la rapidez propia del pánico que les había acometido, estaban ya parapetados tras el motor del «jeep», con los rifles en las manos.

—¿Dónde está, ese hijo de puta? — murmuró Skinner.

Sonaron dos disparos más. La cantimplora dio otros tantos saltos. Lawson volvió la cabeza y miró acongojado el agua que la tierra embebía vorazmente.

El oculto tirador parecía haber suspendido el fuego. Skinner se atrevió a levantar la cabeza, tratando de buscar con la vista el lugar donde podía haberse escondido su atacante.

En aquel momento, sonó otro disparo. Skinner se agachó velozmente. Lawson se percató de que el proyectil había chocado contra la trasera del «jeep». Ahora, el misterioso individuo, hacia fuego con toda rapidez. Seis disparos llegaron al «jeep» en otros tantos segundos. Luego, cesaron los estampidos.

De repente, Lawson percibió un olor inconfundible.

—¡Alfie, el tanque de gasolina está agujereado! — exclamó lleno de pánico.

Los dos hombres sabían lo que aquello significaba. El siguiente disparo corroboró sus sospechas. Ahora, el tirador hacía fuego, buscando el impacto contra algún trozo de metal, para provocar una chispa que inflamase el combustible derramado por el suelo

Repentinamente, se oyó una fragorosa explosión. Un enorme chorro de fuego subió a lo alto, con la violencia de un volcán en erupción. Skinner y Lawson dieron media vuelta y echaron a correr frenéticamente, alejándose no sólo de la hoguera en que se había convertido el «jeep», sino del rifle del desconocido atacante.

Un minuto después, encontraron una pequeña grieta, en la que se parapetaron, jadeantes, sin respiración. En su frenética carrera no habían sido perseguidos por los disparos del desconocido.

—¿Por qué? — preguntó Skinner, cuando hubo recobrado el aliento.

Lawson señaló al sol, situado casi sobre sus cabezas, una bola blanquecina en un cielo amarillo.

—Son apenas las doce y media — dijo —. Hay todavía siete horas de sol. Estamos a quince kilómetros largos de Stockton Wells. ¿Qué necesidad tiene de perseguirnos a tiros?

Skinner se pegó un par de puñetazos en la frente.

—Y ni siquiera hemos ‘tenido tiempo de utilizar la radio — sollozó.

A su lado, Lawson contemplaba sombríamente la negra humareda que se desprendía del «jeep» incendiado. Lo peor no era, se dijo, pasar siete horas de un tormento abrasador. Lo realmente aterrador era la llegada de la noche.

Ahora, mal que bien, podían ver al atacante si se acercaba. Alguno de los dos podría herirle. Pero cuando se hiciera de noche...

* * *

Con la cara cubierta de sombras, Spelling contempló el desastre ocurrido en el patio trasero del almacén de Wedding.

Los dos tanques de gasolina, con capacidad cada uno de ellos para cinco mil litros, habían sido perforados por la base. El líquido había corrido por el suelo en pendiente, hasta la vieja cisterna abandonada. Se podía ver allá

abajo, a unos diez metros de la superficie. La luz era suficiente para apreciar las manchas que indicaban la mezcla de otro líquido, además de la basura que flotaba en la superficie del combustible. Por otra parte, la tierra reseca del subsuelo absorbería pronto la gasolina. Aunque hablan conseguido recomponer dos «jeeps», Spelling no quería enviarlos fuera de la ciudad, a fin de tenerlos a mano, para acciones de mayor urgencia.

—¿Cuándo viene el camión cisterna, Mark? — preguntó.

—La semana próxima, es decir, dentro de nueve días. No se gasta mucha gasolina aquí y tú lo sabes bien.

Spelling asintió. La circulación en Stockton Wells era prácticamente nula, salvo los sábados, en que algunos vecinos iban a El Cajón o a Great Ridge, a buscar diversiones que no encontraban en el pueblo.

—¿Es posible que no hayas oído nada? Perforar un tanque metálico hace siempre mucho ruido, Mark —adujo.

—Lo siento, Lou —respondió el comerciante—. Tú lo sabes bien; por precaución, tengo los tanques en el punto más alejado del patio. Enterrarlos en el suelo es una obra que me costaría demasiado, para la poca ganancia que obtengo en el pueblo. Demonios, muchos se van con el depósito medio vacío y lo rellenan en Great Ridge o El Cajón. Bastante hago con invertir tanto dinero en algo que apenas si me da beneficio...

—Está bien, no sigas. No has visto, nada, no has oído ningún ruido... y ni siquiera has olido la gasolina que corría hacia la cisterna.

—Mis habitaciones están en la parte delantera y cuando me levanté, bajé directamente a la tienda—se disculpó el comerciante.

—Sí, comprendo. Mark, quiero que me digas una cosa.

—Habla, Lou.

—¿Crees que... Adriana Colfax tiene algo que ver con esto? Wedding hizo un gesto negativo.

—No — respondió, tajante.

—Pero ella...

—Lou, el Señor perdonó a la pecadora arrepentida. Nosotros deberíamos rogar también perdón por nuestros pecados... por el pecado que cometimos hace...

Spelling cortó la perorata con un bufido.

—No me vengas ahora con sermones —se despidió coléricamente.

Wedding se quedó solo y agachó la cabeza. Tristemente pensó que el pecado cometido años antes debía ser purgado.

El alguacil regresó a la oficina. Max Cromwell estaba junto al transmisor de la radio.

—¿Alguna novedad, Max?

—No, Lou. Skinner llamó hace media hora e informó de que todo iba bien. No he vuelto a tener noticias de ellos — contestó Cromwell.

* * *

—Están muertos de miedo — murmuro Kent, con los ojos fijos en la calle batida por el sol.

—Lógico, ¿no cree? — contestó Adriana.

—Yo soy forastero aquí, señorita. Apenas conozco lo que sucedió y no puedo hacerme una clara idea de lo que piensan las gentes de Stockton Wells.

—Mataron a un hombre. Alguien trata de vengar esa muerte, está bien claro.

—Lo apalearon bestialmente y luego arrojaron su cuerpo a un pozo. ¿No se cercioraron antes de que estaba realmente muerto?

—El pozo tiene casi veinte metros de profundidad, señor Kent.

El joven volvió la cabeza hacia su derecha. Desde allí se divisaba el molino de viento, parado. Cerca de la base, había una caseta de madera, con tejado de zinc. En su interior, petardeaba el motor que accionaba la bomba extractora de agua.

Un poco más lejos, se divisaban unas ruinas, piedras que habían formado parte en tiempos de un pretil. Aquél era el pozo al que había sido arrojado el torturado cuerpo de un hombre.

—¿Por qué? — dijo en voz alta, sin darse cuenta de que lo hacía inconscientemente.

Pero Adriana no quiso contestarle y él pensó que no debía seguir insistiendo. Regresó a su trabajo; no le pagaban por estar ocioso junto a la ventana.

A las cinco de la tarde, Adriana dio por finalizada la jornada.

—Eso es todo por hoy, señor Kent.

—Sí, señorita.

Por un momento, Kent pensó en subir a su habitación y darse una buena ducha. Pero, de repente, se le ocurrió una idea y salió de la oficina.

El sombrero le protegió de los todavía ardorosos rayos solares. Caminó lentamente, sin prisas. El molino de viento y la caseta que albergaba el compresor estaban a unos doscientos pasos de distancia, pero no se detuvo allí, sino que siguió andando, hasta llegar al viejo pozo seco.

En tiempos, había sido una gran cisterna, de casi cuatro metros de diámetro. Aún podía verse el fondo, cubierto de arena, en la que había crecido la maleza. Las paredes eran irregulares, con numerosos entrantes y salientes. Un hombre, pensó, podía salir de allí, sin necesidad de una cuerda, sobre todo si era hábil y mañoso, como lo había sido Blount. Le costaría mucho, evidentemente, pero saldría, si ponía todo su interés en el empeño.

Sin embargo, había más de quince metros de profundidad. Aun sin haber recibido ningún golpe, el choque contra el suelo podía matar a cualquier persona.

¿Había conseguido sobrevivir Blount a la paliza y a la caída?

Pero, sobre todo, había algo que le intrigaba más todavía. Adriana no estaba en el pueblo cuando se produjeron aquellos hechos tan terribles. Y, sin

embargo, parecía como si alguien la considerase culpable... incluso el propio autor de los anónimos le había enviado uno a ella, con la cita bíblica, de inconfundible aunque opuesto significado.

En aquel caso, sobrevivirían todos los que no tuviesen la marca fatídica en las puertas de sus casas.

CAPITULO VI

En la cantina había solamente un par de individuos que hablaban en voz baja, sentados ante una mesa, en uno de los rincones. Kent se acercó a la barra y pidió una jarra de cerveza

Starr se la llenó a los pocos instantes. Miraba al joven recelosamente.

—Oiga, no será usted policía, ¿verdad? —exclamó bruscamente. Kent se echó a reír.

—Aunque tío se lo crea, he tenido en el pasado cuentas pendientes con los «polis». No, no tema, no soy un policía disfrazado. Ni siquiera detective privado. Simplemente, el autobús me abandonó aquí, como pudo apreciar usted mismo. Soy un náufrago de la vida, nada más.

—¡Hum!—gruñó Starr, no demasiado convencido.

—Por otra parte, lo que sucedió fue algo... legal. ¿O no? Starr se agitó, inquieto.

—Prefiero no hablar de ese asunto — rezongó.

—¿Cree posible que Blount sobreviviera a la caída y que luego consiguiera escapar del pozo por sus propios medios?

—No sé nada. No quiero hablar más.

Starr se alejó, evidentemente malhumorado, pero aún más asustado. No cabía la menor duda. Se consideraba culpable y tenía miedo.

En Stockton Wells todos tenían miedo, fue la conclusión a la que llegó finalmente el joven.

Consumió despacio la cerveza, alternando los tragos con pensativas chupadas al cigarrillo. De pronto, entró el alguacil.

—Dame whisky, Brett — pidió, muy nervioso. Starr se acercó al representante de la ley.

—¿Algo nuevo, Lou? — preguntó, mientras inclinaba la botella sobre el vaso.

—No tenemos noticias de Skinner y Lawson desde las once y cuarenta y cinco, aproximadamente.

—Demonios, eso no puede ser. Son las seis de la tarde... No pueden dejar pasar tanto tiempo sin hacer una llamada, al menos para decir que se encuentran bien.

—Pues no han llamado, Brett — insistió Spelling. Starr se acodó en el mostrador.

—¿Qué piensas hacer, Lou? Tienes dos «jeeps» útiles. Puedes enviar uno a explorar

—Cuando hicieron la última llamada, estaban al Sur, a dieciséis kilómetros. No sabemos cuánto se desplazaron al Este o al Oeste. Podríamos consumir toda la gasolina del tanque, sin encontrar su rastro. Además, se hace de noche. No, prefiero aguardar a la madrugada, cuando salga el sol. Si han muerto, no sirve de nada que nos arriesguemos en la oscuridad. Y si están

vivos, oirán los disparos que haremos periódicamente y contestarán con sus fusiles.

—Está bien, es una decisión muy sensata — aprobó Starr. Bajó la voz—. Sinceramente, no me gustaría encontrarme con Blount de día, pero menos aún de noche. Ve en la oscuridad como los gatos...

Spelling golpeó el tablero del mostrador con el puño, furioso.

—¡Pero está muerto! ¡Tuvo que morir...!

De pronto, se dio cuenta de que Kent se hallaba a pocos pasos de distancia y calló bruscamente.

—Dame otro trago, Brett — pidió con voz enronquecida.

—Desde luego, Lou.

Starr se volvió para coger la botella nuevamente. Cuando inclinaba el gollete sobre el vaso, algo hizo temblar la ciudad entera.

¡BOOOOMMMMM...!

La botella se escapó de la mano del cantinero, rodó por el mostrador y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Los cristales vibraron fuertemente. Uno saltó con musical estridencia.

—¡Dios santo! — clamó Spelling —. ¿Qué ha sido eso?

Fuera, en la calle, sonaban gritos de alarma. Kent oyó una voz aterrada:

—¡La bomba de agua!

Todos los que estaban en la cantina, salieron disparados a la calle, incluido el forastero. A lo lejos, en las inmediaciones del molino de viento, se divisaba una espesa humareda que se disolvía muy lentamente en la ardiente atmósfera del atardecer.

Casi en el mismo instante, se vio brillar un tremendo chispazo en la base del molino de viento. Un colosal chorro de humo, tierra y piedras subió a lo alto. La detonación tardó algo más de un segundo en llegar a oídos de los asombrados espectadores.

La estructura del molino de viento crujió. Lentamente, fue inclinándose a un lado, hasta chocar contra el suelo con gran estruendo, a la vez que levantaba una enorme polvareda. Ninguno de los que contemplaban la escena era capaz de articular una sola palabra.

* * *

Perry Kent se apoyó en la pared, mientras contemplaba el grupo que, a lo lejos, examinaba las consecuencias de las explosiones. La puerta que tenía a su derecha, se abrió a los pocos momentos.

—¿No va a ayudarles? —preguntó Adriana.

—Quizá me rechacen. Soy forastero; no tengo ganas de oír algo que me encienda las orejas. Además, se adivina fácilmente. Sin la bomba ni el molino, el pueblo está condenado a la sed.

—La mayoría de las casas disponen de depósitos elevados —adujo ella.

—¿Y cuánto puede durar? Adriana guardó silencio.

—Los teléfonos no funcionan y no hay agua ya —continuó Kent—. Parece que Blount pretende sitiar a la ciudad. —Lanzó una suave carcajada—. Un hombre solo, sitiando a una población de varios cientos de personas..

—No exagere. En estos momentos, no hay en Stockton Wells ni cien habitantes.

—¿Qué me dice de los mineros?

—Están allá arriba, en la mina, a más de noventa kilómetros. Tienen barracones, víveres y un buen cocinero. El camino no es demasiado bueno y prefieren permanecer allí los cinco días de la semana, hasta el viernes por la tarde.

—¿Son muchos?

—Unos setenta, en total, con el capataz, sus ayudantes, el cocinero y un pinche.

—¿Cómo se desplazan hasta aquí?

—Hay un autobús, grande, capaz casi para ochenta plazas. Si tienen algún problema, me llamón por radio a casa o a la oficina. Normalmente, no la usamos; todo suele ir bien por allá arriba.

—Señorita, ¿me permite hacerle un par de observaciones? — consultó el joven.

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Primero, no hay teléfonos y el alguacil no quiere, presumo que de acuerdo con los demás, dar aviso de lo que pasa en Stockton Wells. ¿Qué significa eso?

—Simplemente, no quieren que otros intervengan en sus asuntos.

—Por miedo.

Adriana calló un instante. Luego dijo:

—Tiene que hacerme una segunda pregunta, señor Kent.

—Sí, es cierto. — La mano del joven se movió en un amplio ademán —. Sólo llevo dos días en Stockton Wells, pero desde mi llegada, no he visto pasar un solo coche en ambas direcciones. Ya me imagino que el tráfico no es demasiado intenso por esta zona, pero ¿es natural que en más de cuarenta y ocho horas no haya visto un solo automóvil, fuera de los del pueblo?

Kent tenía la vista fija en el rostro de Adriana y la vio repentinamente preocupada.

—No, no es lógico — respondió ella —. La circulación no es demasiado intensa, pero siempre pasa algún coche... y más de uno se detiene y sus ocupantes van a tomar algo en la cantina de Starr.

—Debería decírselo a Spelling. Tal vez eso le estimule a viajar a El Cajón.

—Lo dudo, pero lo haré —prometió Adriana.

El cielo tenía ya un tinte violeta hacia el Oeste. Pronto caería la noche. Wedding, Spelling y un par de hombres más, caminaban con paso rápido por el centro de la calle. Kent oyó la voz del comerciante:

—Tengo una bomba en el almacén, pero la ciudad habrá de pagar su valor..

—Eres el alcalde, ¿no? — Contestó Spelling—. Sabes lo que tienes que hacer en estos casos...

Adriana bajó del porche, cruzó el pequeño jardín y se acercó al grupo, cuyos componentes se detuvieron en el acto. Kent vio que la joven hablaba con alguacil y apreció los enérgicos movimientos de cabeza con que Spelling apoyaba su negativa. Al cabo de unos segundos, Adriana regresó al porche.

—No quieren pedir ayuda — declaró.

—Yo diría que tienen la conciencia tan negra como un saco de carbón — murmuró Kent.

—En todo caso, mañana irán a recorrer el tendido, para ver si encuentran el corte en la línea telefónica. Pero sólo piensa despachar uno de los dos «jeeps» que todavía funcionan.

—A pesar de lo cual, no irán a El Cajón.

—No.

Kent estudió durante unos instantes el hermoso rostro de Adriana. ¿Qué secreto se ocultaba tras sus bellos ojos oscuros? ¿Qué pensamientos bullían detrás de la frente despejada, enmarcada por los cabellos negros como ala de cuervo?

La noche caía con rapidez. Varios hombres salieron a poco del almacén de Wedding.

—Lo haremos mañana —dijo uno de ellos—. No queremos que ese miserable nos sorprenda en la oscuridad. Podemos aguantar esta noche perfectamente, con el agua que nos queda en los depósitos.

El grupo se disolvió. A los pocos minutos, reinaba un silencio sepulcral en Stockton Wells.

* * *

—Es mejor que caminemos un tanto separados — dijo Skinner—. Uno de nosotros puede morir, pero el otro estará en condiciones de disparar contra ese bastardo.

—Conforme — respondió Lawson.

Los dos hombres se separaron en el acto. Estaban deshidratados, después de más de siete horas de permanecer quietos, bajo un sol abrasador; tenían las fauces completamente secas y sus ropas crujían al menor movimiento. La noche había traído alivio a su situación, con la natural baja de temperatura. Pero todavía tenían por delante quince kilómetros, que debían recorrer en un paraje completamente hostil, llano en apariencia, aunque con algunas trampas naturales, en las que era fácil caer, sobre todo, si no se tenía demasiado conocimiento del terreno.

Durante largo rato, caminaron separados por una distancia de cuarenta o cincuenta metros. Ninguno de los dos estaba muy acostumbrado a andar. Antes de que hubiera transcurrido una hora, va empezaban a notar los primeros síntomas de agotamiento.

—Alfie, voy a descansar un poco —anunció Lawson, casi sin resuello.

—Está bien, Jack.

Lawson se sentó encima de un pedrusco no demasiado alto. Buscó tabaco en sus bolsillos, pero, de repente, pensó en la sed que el fumar podía causarle y desistió de su idea. El rifle estaba en el suelo, a ¿u lado. A cincuenta pasos, podía ver la silueta de Skinner, sentado también, pero en el suelo.

—Alfie —dijo Lawson pasados unos minutos.

—¿Sí, Jack?

—¿Qué pueden ser aquellas explosiones que hemos oído hace un par de horas?

—No tengo la menor idea — respondió Skinner.

—¿Crees que puede ser obra de Blount?

—Era un experto con la dinamita, pero si ha Sido él, ¿qué diablos pretendía volar?

Los dos hombres guardaron silencio de nuevo. Pasados algunos minutos, Skinner dijo que era hora de reanudar la marcha.

—Está bien — contestó Lawson.

Y extendió la mano para recobrar el rifle, pero, en el mismo instante, sintió un agudísimo pinchazo en d dorso.

—¡Alfie! — chilló, a la vez que se ponía en pie convulsivamente.

Skinner volvió la cabeza. El resplandor de la luna le permitió ver a su compañero, agarrándose la mano derecha con la izquierda.

—Alfie, un alacrán...

Skinner sintió que su frente se cubría de sudor, a pesar de la deshidratación. Lawson taconeó el suelo furiosamente.

—Ya lo he aplastado.. Skinner corrió hacia él.

—Quieto, Jack —dijo—. Te ataré un pañuelo a la muñeca, para hacer un torniquete. Procura chupar la herida.

—¡No puedo, tengo una muela picada! — gimió Lawson. Skinner lanzó una interjección.

—Y no tengo un mal cortaplumas, para ensanchar la picadura... Ató el pañuelo fuertemente a la muñeca y miró a Lawson.

—Jack, moverse en estas condiciones, sería peor; el veneno se extendería con mucha mayor rapidez. Quédate aquí; yo iré a buscar ayuda al pueblo. Vendremos en coche... Dispararemos las armas y tú contestarás, para localizarte...

Skinner retrocedía, mientras hablaba casi incoherentemente. De pronto, dio media vuelta y echó a correr.

Lawson se apartó unos pasos. No se atrevía a sentarse en ninguna parte. Podía haber más alacranes...

La figura de Skinner se perdió de vista bien pronto. Lawson sintió que las lágrimas fluían por sus mejillas, abriendo surcos en el polvo que las cubría. En la mano sentía ya un sordo entumecimiento, que se propagaba lentamente hacia el brazo.

Skinner corría, corría... Corría tanto por buscar ayuda a su compañero, como por miedo. De repente, el suelo falló bajo sus pies.

Demasiado tarde se dio cuenta de que no había visto la grieta que la naturaleza había abierto en el desierto. La pendiente era muy aguda y rodó y rebotó un par de veces, antes de que su frente se estrellara contra un grueso pedrusco. Su cuerpo se retorció débilmente unos segundos, antes de quedarse inmóvil.

CAPITULO VII

El grito sonó débil en el silencio de la noche. Muy pocos lo oyeron y uno de ellos fue Perry Kent.

En la oscuridad, consultó su reloj de pulsera. Las cuatro y media de la madrugada.

¿Quién había gritado?

El sonido había sido corto, seco, cortado casi en el acto, como sí su autor se hubiese arrepentido de haber alzado la voz. Preocupado, Kent se sentó en la cama y, tras unos segundos de indecisión, corrió hacia la ventana.

El grito había sonado relativamente cerca, seis o siete casas más abajo, hacia el Este, precisamente donde ya se divisaba una tenue claridad que anunciaba el nuevo día. De pronto, Kent divisó la confusa silueta de un automóvil que se movía lentamente en aquella misma dirección.

El coche rodaba muy despacio, cosa que le intrigó sobremanera en los primeros instantes. Luego vio que aceleraba, pero con gran lentitud. No tardó en comprender lo que sucedía.

La carretera no era absolutamente horizontal. Había un tramo de más de un kilómetro, con una pendiente que estimó no superior al uno por ciento, suficiente, sin embargo, para que un automóvil pudiera rodar, desfrenado, con la palanca de cambios en punto muerto. Parecía evidente que el sujeto había parado el motor antes de entrar en la ciudad, viniendo del Oeste, y rodando lentamente hasta detenerlo una vez atravesada la población.

Ahora se marchaba y el coche rodaba todavía por simple gravedad, a fin de evitar el ruido del arranque. De pronto, oyó la voz de Adriana.

—Señor Kent...

La joven estaba al otro lado de la calle, en la puerta de su casa; vestida con bata y camisón.

—Alguien ha gritado — añadió ella.

—Sí. Espere, bajo inmediatamente.

Kent volvió a mirar hacia el Este. El automóvil ya no se veía. Su conductor lo había hecho arrancar y el sonido del motor apenas si se había percibido. Sería inútil alcanzarlo ya, se dijo, mientras empezaba a vestirse apresuradamente.

Momentos después, se reunía con Adriana en el centro de la calle.

—Yo también he oído el grito —manifestó—. Es más, he visto un coche que se alejaba en dirección Este.

—No ha hecho ruido — objetó Adriana.

Kent le explicó lo ocurrido. Ella hizo un gesto de asentimiento.

—¿Habrá sido él? — murmuró.

—Deberíamos ver qué ha sucedido — propuso el joven.

—Lo mejor será que despertemos al alguacil. No le gustará, pero tengo la impresión de que ha sucedido algo. Por cierto, ¿han vuelto los dos

exploradores que se llevaron su «jeep»?

—No. Temo que les haya sucedido algo...

—Demasiadas horas fuera — dijo él, con acento pesimista.

—Tal como había supuesto, a Spelling no le sentó demasiado bien que alguien le despertase tan temprano. Rezongando quejas contra los importunos, salió a la calle, poniéndose los tirantes alternativamente con cada mano, para lo que necesitaba cambiar el rifle de mano en cada movimiento.

—Además, he visto un coche que se alejaba — añadió Kent, después de relatar lo sucedido hasta aquel momento.

—¿Hacia dónde?

Kent señaló con la mano. Spelling volvió a emitir un bufido.

—Yo no he captado ningún nudo y tengo un oído capaz de percibir el vuelo de una mosca a veinte pasos de distancia.

—Como no lleve colgando una bolsita llena de monedas de oro... — dijo Adriana sarcásticamente.

—Esto no es cosa de broma, señorita — se quejó el alguacil.

—No. no es cosa de broma — respondió ella vivamente—. ¿Se ha dado cuenta de que Skinner y Lawson no han vuelto todavía? ¿Se ha dado cuenta también de que ya estamos a jueves y que, desde el lunes a las once de la mañana no ha vuelto a pasar ningún automóvil por la ciudad?

Spelling se quedó parado. Kent apreció que las frases de la joven le desconcertaban.

—No hay mucho tránsito por esta carretera...

—Siempre pasan coches, uno, dos o diez... No es una autopista entre dos grandes ciudades, pero resulta muy extraño que en tres días no hayamos visto ni un solo automóvil.

—Veré de hacer lo que pueda — contestó Spelling evasivamente—. ¿Dónde sonó el grito?

—Allí —indicó Adriana.

—Está bien.

Spelling echó a andar, seguido por los dos jóvenes. A los treinta metros, se detuvo, con el cuerpo sacudido por un terrible estremecimiento.

—¡Dios! ¡La marca maldita!

Había ya algo de claridad en la atmósfera. Sobre la cerrada puerta del «saloon» podían verse sin dificultad los tres círculos negros.

—Starr... — añadió Spelling.

—Habrá que entrar en la casa — dijo Kent.

—Por la puerta trasera. El duerme en el otro lado. ¡Vamos! Mientras caminaban, Kent se volvió hacia la muchacha.

—¿Está casado el tabernero?

—Enviudó hace algunos años — respondió Adriana.

Pronto estuvieron al otro lado del edificio. Spelling tanteó la puerta. De pronto, se volvió. A la lívida claridad del amanecer, Kent vio que tenía la frente brillante de sudor.

—Si Starr...

Pero no dijo más. Se ahogaba. Kent dudó un instante del valor de Spelling.

El comisario, sin embargo, acabó por empujar la puerta. Buscó el interruptor y se pudo ver el pasillo sin dificultad. A pocos pasos de la entrada había otra puerta.

—Aquí duerme Brett —dijo Spelling.

Kent asió el pomo.

—Prepare el rifle. Yo abriré —dijo—. Haga fuego si ve peligro.

—Sí, sí...

Kent hizo girar la puerta de golpe. Spelling lanzó un ahogado gemido y retrocedió, tambaleándose. Adriana chilló, a la vez que se apartaba para no ser atropellada por el corpachón del alguacil.

Kent asomó la cabeza. Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Fue una visión que duró menos de un segundo, porque, inmediatamente, cerró la puerta. Starr yacía en la cama, desnudo de la cintura para arriba. Sobre su pecho se paseaban tranquilamente cinco o seis enormes arañas negras, peludas, indescriptiblemente horribles. Encima de la frente había otra, inmóvil, con los diminutos ojillos muy brillantes, fijos en la puerta.

La cara de Starr empezaba a hincharse ya. Kent cerró de golpe y se apoyó en la jamba, sudando a chorros.

—¡Dios mío, qué horror! — jadeó —. Nunca había visto nada semejante...

Spelling se alejó, tambaleándose como un borracho. Estaba totalmente desmoralizado.

—Hay que matar a esos horrorosos animales, pero, ¿cómo? —dijo el joven. Adriana estaba muy pálida.

—Tendremos que pedirle consejo al señor Wedding —manifestó—. Starr está ya muerto, evidentemente, y no se puede hacer nada por él.

—Pero ¿es posible que el veneno de las tarántulas sea mortal?

—Una sola, no, aunque causa terribles molestias, pero una persona normal puede sobrevivir. El ataque de media docena ya es otra cosa.

Kent asintió.

—Starr gritó fuerte, pero muy brevemente. Debió de suceder en el momento en que sintió la primera picadura. Encendió la luz, aún sigue encendida, vio las tarántulas... Yo diría que, antes de que el veneno hiciese su electo, incluso en el mismo momento en que vio a las arañas, se le paró el corazón.

—De miedo.

—Para mí, no hay duda alguna. ¿Vamos a hablar con Wedding?

—Asegúrese de que la puerta está bien cerrada —aconsejó Adriana.

Kent lo comprobó y luego siguió a la muchacha. Cuando pasaban por ‘delante de la oficina del alguacil, lo vieron, sentado detrás de su mesa, con una botella en la mano derecha y un vaso en la izquierda.

—Francamente, le compadezco — dijo Kent...

—Tiene que sentirse horriblemente mal —convino Adriana —. Pero todo

lo que le sucede es a consecuencia de lo que toleró o quizá incitó a hacer con George Blount.

No cabía la menor duda. Spelling: se sentía roído por los remordimientos, pero más miserable todavía, porque sabía que tenía miedo y sabia también que no podía dominarlo.

* * *

—Están fumigando el dormitorio de Starr. Es la única solución que se les ha ocurrido. Nadie se atreve a entrar, mientras haya correteando por la habitación media docena de tarántulas.

—Es una buena idea —admitió Kent. Estaban tomando café en casa de Adriana, mientras en la calle se percibía cierta temerosa agitación. Pero, de pronto, pensó que debía hacer algo—. Señorita...

—Sí, señor Kent...

—Por favor, llámeme Perry —sonrió él—. Usted es el ama y no está bien que me trate tan ceremoniosamente. Bueno, lo que quería decirle es que quiero averiguar por qué no pasa un solo coche por esta carretera.

—¿Cómo piensa averiguarlo? — inquirió Adriana.

—Consiguieron poner dos «jeeps» en funcionamiento. Creo que puedo ir y volver hasta el empalme sin dificultades; incluso podría llegar a Great Ridge... ¿No hay allí alguien a quien contar lo Que sucede en Stockton Wells?

—Holliman, el comisario. Le conozco. Dígale que va de mi parte — respondió la joven. Kent apuró el café de su taza y se puso en pie.

—Debería acompañarme para hablar con Wedding. Los «jeeps» están en su patio.

—Iré a cambiarme de ropa, Perry.

Minutos más tarde, entraban en el almacén. Wedding pareció considerar la idea y al fin se mostró de acuerdo.

—Sí —dijo—, esto no puede seguir así. Alguien tiene que enterarse de lo que sucede, pase lo que pase. Hace pocos momentos, he hablado con las mujeres de Skinner y Lawson. Están fuera de sí, temen lo peor para sus maridos.

—¿Aún no hay noticias de ellos? — preguntó Adriana.

—En absoluto. Varios voluntarios han salido hasta un par de kilómetros de la ciudad, formando una especie de arco, armados con rifles. Dispararán regularmente, a fin de ser oídos por Lawson y Skinner. No se atreven a ir más lejos, a menos que oigan la respuesta de esos dos hombres, también con disparos de rifle.

—Es una táctica excelente — convino el joven—. Señor Wedding, deme unos cigarros, por favor.

Wedding trajo una caja y Kent eligió media docena de cigarros largos y delgados, uno de los cuales se puso inmediatamente entre los dientes. Unos minutos después, hacia arrancar el «jeep».

—No se arriesgue —le recomendó Adriana.

—Descuide, señorita Colfax. .

—Debería llevarse un rifle — sugirió Wedding.

—No, gracias; no he manejado en mi vida un arma de fuego y no voy a empezar ahora. Llegaré a Great Ridge, descuiden.

—Si le es posible, eche un vistazo a la línea telefónica —gritó el comerciante, cuando el «jeep» cruzaba ya la puerta del patio.

Era curioso, pensó Kent, mientras buscaba la salida a la carretera. No había oficina de telégrafos en Stockton Wells. Los telegramas se daban por teléfono directamente a las oficinas de El Cajón o Great Ridge y se recibían por el mismo método. Si el mensaje era dirigido a una persona que no disponía de teléfono, Stan lo tomaba y luego lo enviaba con un camarero que le ayudaba en ocasiones, aunque también los entregaba personalmente, si era preciso.

Si era Blount el autor de todo lo que sucedía, no cabía la menor duda de que se trataba de un hombre terriblemente astuto y de una eficacia indudable. Y también lo suficientemente hábil como para sobrevivir en el desierto todos aquellos días, en un paraje donde otro cualquiera moriría en menos de veinticuatro horas.

—Como, sin duda, ha sucedido con Skinner y Lawson—murmuró para sí, presa de un lúgubre presentimiento.

Si Blount había sobrevivido a su linchamiento, no cabía la menor duda de que había desencadenado una espantosa venganza. Había tardado años, un largo plazo, evidentemente, parte del cual, no le cabía la menor duda, había estado destinado a planear la venganza, de tal modo que no se produjese el menor fallo cuando se decidiese a ejecutarla.

Y era preciso admitir que, hasta entonces, el macabro tanteo de la muerte estaba enteramente a su favor.

—Tres ya... sin contar los exploradores...

Las reflexiones de Kent fueron cortadas repentinamente por un súbito estallido. La rueda delantera derecha explotó y el «jeep» se desvió en aquella dirección.

Frenéticamente, trató de dominarlo, pero ya era tarde. El coche se salió del camino, dio un par de botes en el suelo duro y pedregoso del desierto, hizo saltar en pedazos un cacto de tubo de órgano y, finalmente, se detuvo, con todo el tren delantero metido en una pequeña grieta.

CAPITULO VIII

Kent sacudió la cabeza un par de veces, maldiciendo el inoportuno reventón que le había hecho salirse del camino. Pero un segundo después, oyó otra explosión. Entonces, comprendió que alguien le tiroteaba y saltó al suelo, agazapándose detrás del «jeep».

—Pero ¿qué diablos le he hecho yo...?

Repentinamente, a unos cincuenta pasos de distancia, se oyó una voz:

—¡Eh, usted!

—¿Es a mi? —preguntó Kent maquinalmente. «Claro, ¿a quién diablos va a ser, sí estoy solo?», pensó.

—Apártese del «jeep». Voy a incendiarlo.

—Oiga, Blount. .

—Usted es forastero. No quiero hacerle daño. ¡Apártese!

—¿Cómo sabe que soy forastero?

—Tengo una visión magnifica. No quiero causarle molestias, pero si antes de diez segundos no se ha apartado del coche, le haré un poco de daño. Está arrodillado y yo veo perfectamente una de sus piernas. ¿Se imagina lo que duele una bala en la rodilla?

—¡Demonios! — respingó Kent.

Por un instante pensó que, en el momento en que se apartase de aquel escudo, Blount tiraría a matar. Pero el individuo añadió:

—No tengo nada contra usted personalmente. Salga sin miedo; le juro que no le dispararé, a menos que persista en seguir donde está. De todos modos, cuando arda el «jeep», tendrá que escapar.

—Está bien, voy a salir con las manos en alto —declaró el joven.

Inspiró profundamente y se puso en pie, apartándose paso a paso del vehículo, mientras trataba de buscar con la vista el lugar donde estaba parapetado el sujeto. Era preciso reconocer que Blount conocía y practicaba magistralmente el arte del enmascaramiento.

—¡Blount! — llamó de pronto —. Escuche. Quiero hacerle una pregunta.

—Sólo una, pero rápido. ¡Vamos!

—Oiga, ya sé que tiene usted motivos de venganza contra algunos de los ciudadanos de Stockton Wells, por lo que le hicieron años atrás. Pero entonces, Adriana Colfax no estaba en el pueblo. ¿Por qué le envió también esa carta, si ella no tiene la menor culpa de lo que sucede?

—¡También es culpable! — gritó el otro rabiosamente—. ¡Fuera, aléjese!

Kent se dio cuenta de que sus palabras habían enfurecido a Blount y no insistió más. Lo prudente era, se dijo, poner distancia entre aquel demente y su persona.

El rifle detonó de nuevo, ahora desde un sitio distinto. A cien pasos de distancia, Kent, impotente, hubo de asistir al tiroteo. De pronto, vio surgir una enorme llamarada en la parte posterior del vehículo.. Suspiró resignadamente.

A fin de cuentas, sólo eran seis kilómetros, aproximadamente, los que tenía que recorrer a pie. Cuando se disponía a emprender la marcha, volvió la cabeza.

Una figura humana corría a lo lejos, en dirección Nordeste. Desapareció un instante y luego volvió a verse, para esfumarse definitivamente a unos ochocientos metros de la carretera.

Kent retrocedió unos cuantos pasos. Había una pequeña aglomeración de rocas a poca distancia y trepó hasta la cúspide. Una ligera sonrisa se formó en sus labios, mientras se disponía a emprender el camino de regreso.

Detrás de él, una espesa columna de humo negro señalaba el fracaso de su intento.

Un cuarto de hora más tarde, cuando apenas había recorrido kilómetro y medio, vio algo que le hizo dudar de la integridad de su razón.

—¡Una mujer en bicicleta! — exclamó, pasmado.

* * *

Adriana frenó el liviano vehículo y puso el pie en el suelo. Tenía el cabello suelto y las mejillas encendidas por el ejercicio.

—Está bien —dijo.

—Si, Blount no quiso hacerme daño.

—¿Qué ha sucedido?

Kent se lo explicó. Al terminar, ella pareció más preocupada que nunca.

—No quiere que nadie avise lo que sucede en Stockton Wells —dijo.

—Exacto. Oiga, ¿cómo se le ha ocurrido...?

Kent señaló la bicicleta. Adriana hizo un esfuerzo por sonreír.

—La traje hace algún tiempo, porque empezaba a enmohecerme. Muchas veces, salgo a recorrer una docena de kilómetros, antes de que salga el sol. Me sienta bien.

—La creo — respondió él, mirándola con ojos críticos—. Pero, aun así...

—Se oyeron disparos en esta dirección y nadie quiso moverse del pueblo. Entonces, yo agarré la bicicleta y vine a ver qué sucedía.

—Hay otro «jeep».

—Wedding y el alguacil han prohibido que nadie lo toque — respondió la joven—. De todas formas, no me importa demasiado; mañana, a las siete de la tarde, vendrán los mineros. Y el autobús me pertenece.

—Irá a El Cajón.

—Sin duda alguna. He soportado bastante, ¿no cree? ¡Ellos fueron los que lincharon a Blount! Yo no tuve la menor participación en el hecho. Cuando sucedió, vivía en San Francisco. Aún tardé algún tiempo en venir a vivir aquí.

—Sí, que paguen ellos sus culpas — convino el joven con grave acento—. Pero tiene que saber una cosa, señorita Colfax.

—¿Sí, Perry?

—He hablado con Blount. No fue una conversación muy larga, pero sí

interesante.

—Ya me ha dicho que le dejó libre, porque es forastero. ¿Acaso dijo algo más?

—La considera a usted culpable. Se enfureció muchísimo cuando se lo pregunté, hasta el punto de que, llegué a creer que iba a romper su palabra de respetarme la vida.

La cara de Adriana se puso blanca repentinamente.

—No es cierto — murmuró a media voz. Kent se acercó a ella y la cogió por los brazos.

—Usted conocía a George —adivinó.

—Por favor...

—No me cuente nada, si no quiere —dijo Kent, dándose cuenta de la enorme turbación de la joven—. Pero quiero que sepa que la amenaza de Blount no es vana.

Adriana inspiró con fuerza.

—Será mejor que volvamos al pueblo — propuso.

—Adelántese usted; yo seguiré caminando. Cuando, llegue, me daré una buena ducha y...

—Ahorre el agua. La bomba de repuesto está inutilizada. La han llenado de arena, mezclada con grasa, por todas partes y tienen que desmontarla y no saben cuándo podrán ponerla en funcionamiento.

—¡Pero ese hombre está en todas partes! — clamó Kent, atónito.

Adriana guardó silencio. Para Kent, en la actitud de la joven había algo equívoco, que ella no quería revelar, pero indudablemente, había conocido a Blount antes de vivir en Stockton Wells.

—Le conocía, ¿verdad?

—Lo siento, no puedo responder a esa pregunta

—dijo ella heladamente.

Hizo girar la bicicleta, se sentó en el sillín y empezó a pedalear furiosamente en dirección al pueblo.

Kent se puso un cigarro en la boca, pero volvió a guardarlo en el acto, porque le esperaban seis kilómetros a píe y le daría mucha sed. Volvió la cabeza unos momentos y contempló el lugar por donde Blount había desaparecido no mucho antes.

Entornó los ojos unos instantes. Luego se echó el sombrero un poco hacia adelante y, resignado, empezó a caminar.

* * *

En el pueblo reinaba una aparente normalidad, aunque Kent estimó que en el fondo había un pánico tremendo. Sin embargo, había personas a quienes lo ocurrido no parecía afectarles demasiado.

Eran las familias de los mineros que trabajaban al otro lado del desierto. Las mujeres y los niños se desenvolvían con relativa normalidad. La mayoría

eran mexicanos.

Aspeado, cubierto de sudor y de polvo, Kent llegó a la cantina. Le sorprendió verla abierta. Una buena jarra de cerveza le sentaría bien, se dijo.

Detrás del mostrador había una rolliza mujer de brillantes cabellos negros, con trenzas.

—¿Qué le sirvo, señor? — preguntó.

—Cerveza —pidió Kent. Y, sorprendido, añadió—: No la había visto nunca a usted, señora.

Ella soltó una risita.

—¡Huy, dice señora! —rió estridentemente—. Soy Eulalia Hernández, la mujer que hace la limpieza de la cantina por las mañanas. Mi marido trabaja en la mina. De este modo, nos ganamos unos dólares más, ¿sabe?

—Ya —sonrió Kent—. Pero creo que el señor Starr tenía un ayudante...

—Se ha tenido que meter en cama, enfermo, señor.

Kent asintió. Ciertamente, el espectáculo de un hombre muerto, con media docena de tarántulas correteando por su cuerpo, no tenía nada de agradable. Aún recordaba la araña parada sobre la cara de Starr y que parecía mirarle amenazadoramente, como diciéndole. «No me toques o te mataré a ti también».

Bebió un largo trago para alejar de su mente tan horribles imágenes. Luego hurgó en sus bolsillos y sacó tabaco.

—¿Se han llevado ya el cuerpo del señor Starr? —preguntó.

—Sí, señor. Las arañas ya están muertas... ¡Pobre señor Starr! —Se lamentó Eulalia—. Tenía sus cosas, pero era bueno. . — Se santiguó varias veces seguidas—. Que el Señor lo tenga en su santa gloria — invocó.

—Amén —dijo el joven—. Eulalia, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Pues claro que sí, señor, estoy a su disposición.

—¿Cree usted de veras que el señor Blount murió en el pozo? Eulalia dejó de sonreír en el acto.

—Fue una cosa horrible, señor — dijo a media voz—. Nosotros escuchamos los gritos y los ruidos Los hombres de Stockton Wells estaban terriblemente enfurecidos... Le dieron una terrible paliza y luego lo llevaron a rastras al pozo... El chillaba frenéticamente, insultándolos con todas sus fuerzas... pero ellos eran más, claro, y a pesar de sus protestas, lo arrojaron a lo hondo...

—¿Lo vio usted?

—Nunca lo he dicho. —Eulalia bajó la voz repentinamente—. Lo vi a través de una rendija. Tenía mucho miedo; alguno de los hombres parecía haberse vuelto loco...

—¿Sabe quiénes fueron?

Una voz estridente sonó de súbito en la puerta del «saloon»:

—¡Kent!

El joven pensó primeramente en volverse, pero desistió en el acto y se limitó a mirar a través del gran espejo que había al otro lado del mostrador.

La enorme figura del alguacil Spelling se recortaba nítidamente en el umbral, contra el fondo más claro de la calle.

—¿Alguacil?

—Venga a mi oficina — ordenó Spelling—. Quiero hacerle algunas preguntas.

—Sí, señor.

Kent puso unas monedas en el mostrador.

—Guárdese la vuelta, Eulalia — sonrió.

—Muchas gracias, señor.

Kent dio media vuelta y salió a la calle. El brutal fuego solar le cegó durante unos instantes. Permaneció parado algunos segundos, parpadeando varias veces, hasta acostumbrarse al resplandor y luego echó a andar, diciéndose que lo primero que haría sería comprarse unas gafas oscuras. Pero antes tenía que entrevistarse con Spelling y el alguacil no parecía estar de muy buen humor.

CAPITULO IX

—¿Qué le ha dicho Blount?

Spelling le había espetado la pregunta sin más preámbulos. Kent dudó unos instantes.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó a su vez.

—Me lo ha dicho ella.

—Ah...

—Bien, ¿no tiene que decirme nada? —exclamó. Spelling, impaciente.

—Alguacil, ¿está seguro de que Blount murió?

—¡Por todos los diablos! ¡Ya lo creo que murió! ¿Qué le hace pensar que está vivo?

—Bien, el hombre que ha hecho arder mi «jeep» dijo que era Blount. Bueno, cuando yo pronuncié su nombre, él no lo negó.

—Es imposible que esté vivo. Se mató en la caída al fondo del pozo —dijo Spelling hoscamente—. Alguien ha tomado su nombre, eso es todo.

—Pudo salir — insistió el joven.

—Sin ayuda, no.

Kent levantó las cejas. «Sin ayuda», repitió mentalmente.

—¿Por qué le lincharon? — inquirió.

—¡Oiga! — vociferó el alguacil —. Le he llamado para hacerle preguntas, no para responder a las suyas.

—Dispense — contestó el joven humildemente—. Yo sólo pretendía...

—¿Le vio la cara?

—¿A quién?

—¡Al tipo que disparó contra usted, hombre!

—No disparó contra mí, sino contra el coche —puntualizó Kent—. De haber querido matarme, ahora no estaríamos hablando.

—Tal vez hubiera sido lo mejor — refunfuñó Spelling.

—¡No es usted un buen representante de la ley! — Se quejó el joven— Desear la muerte de las personas decentes, no está, bien, caramba.

—¿Y cómo sé yo que es una persona decente?

—Tal vez no lo sea, en efecto, pero le puedo asegurar que jamás he tomado parte en el linchamiento de un hombre.

La cara de Spelling se congestionó.

—No pude impedirlo — dijo.

—¿De veras? Entonces, ¿de qué le sirve esa estrella que lleva en el pecho?

—Mire, Kent, no me busque las cosquillas...

—Alguacil, yo vine a este pueblo por casualidad y no quiero meterme en los asuntos de los demás. Pero tampoco me gusta que otros me hagan participe de unas culpas que yo no tengo. El hecho irrefutable es que, por muy criminal que fuese Blount, cosa que dudo, lo arrojaron al pozo y usted no lo impidió. Y todavía hay más; no funcionan los teléfonos, aún quedan coches

disponibles y usted no quiere pedir ayuda. Hasta el más tonto tendría mucho que pensar, y nada bueno, sobre un alguacil que se comporta como usted.

—Kent, será mejor que salga antes de que...

—Fue usted el que me llamó. Yo no estoy aquí por gusto — le recordó el joven, a la vez que emprendía una prudente retirada.

—¡Aguarde!—chilló Spelling, exasperado—. No se vaya, aún no hemos terminado. Kent hizo un gesto de resignación.

—Sí, señor.

—¿Qué le dijo Blount?

Kent ocultó una sonrisa. Aquella frase era admitir implícitamente que Blount seguía con vida. Spelling tenía ahora la absoluta certeza de ello y se sentía invadido por un pánico horroroso.

—Bueno, dijo que iba a pegar fuego al «jeep», cosa que hizo, efectivamente, añadió que no quería hacerme daño, porque yo era forastero y luego, cuando le pregunté por qué habla amenazado a la señorita Colfax, sí ella no estaba en Stockton Wells cuando lo arrojaron al pozo, contestó que Adriana también es culpable. Pero no dijo más y me amenazó con disparar contra mí si no me alejaba del «jeep» inmediatamente. Eso es todo.

Spelling guardó silencio. Luego movió la mano.

—Está bien, márchese — decidió con brusquedad.

—Oiga, dígame una cosa. ¿Por qué, en opinión de Blount, es culpable la señorita Colfax?

—Pregúnteselo a ella.

Kent hizo un gesto de enojo. Venenosamente, disfrutando con cada una de sus palabras, Spelling añadió:

—Pregúntele también cuál era su oficio antes de venir aquí y pregúntele por los precios de «Gussie's House», en San Francisco. Eran unos precios muy altos, ¿sabe?

Kent apretó los labios. Spelling salió de detrás de su mesa, cruzó la oficina, abrió la puerta y escupió una orden:

—¡Fuera!

Kent se apresuró a obedecer. Al pasar junto a Spelling, notó un olor nada agradable. Era olor de la transpiración copiosa que brotaba por todos los poros de su abundante epidermis, el sudor del miedo más absoluto.

* * *

Adriana le miró críticamente cuando entró en la oficina.

—Se ha retrasado — dijo.

—Lo siento. Al llegar, tenía sed y entré en la cantina a beber un poco de cerveza. Luego Spelling vino a buscarme y dijo que quería hablar conmigo.

—¿Sí?

—Me preguntó por lo ocurrido. Se lo conté todo, no tengo por qué ocultar nada. Pero, a juzgar por lo que ha dicho, está persuadido de que George

Blount está vivo.
Adriana palideció.
—Oh, no, Dios mío...
—¿Ocurriría algo si estuviese vivo? Ella agachó la cabeza.
—Sería terrible — murmuró.
—Señorita Colfax, me gustaría ayudarla, pero si usted no me dice más cosas...
—¿Qué puede hacer contra un hombre que actúa en la oscuridad, que se mueve como una serpiente y contra cuyos ataques no hay la menor defensa posible?
—Ese hombre, sea o no Blount, tiene cuerpo y es tan frágil como cualquiera de nosotros.
—Usted no podría nada contra él...
—Con las manos o con las armas, seguramente, no; pero... — Kent se tocó la frente—, quizá sí con esto —añadió significativamente.
De pronto, Adriana se sentó en una silla y puso las manos sobre el regazo.
—No sé por qué se me ocurrió venir a este maldito pueblo —dijo desanimadamente—. Tal vez habría sido mejor continuar viviendo en San Francisco.
—¿En «Gussie's House»?
—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó ella casi a gritos.
—Spelling.
Es un hombre absolutamente despreciable, ruin, rencoroso... Seguro que si yo hubiese hecho lo que él quería, se habría callado
—¿La pretendía?
Adriana rió nerviosamente.
—Sólo quería... Oh, imagíneselo. Perry, hombre; no es usted un adolescente — contestó.
—Está bien, lo siento muchísimo, pero quiero que considere una cosa: nunca me fijo en el pasado de las personas.
—Es usted mejor de lo que parece — dijo ella, mirándole con curiosidad —. ¿De veras tuvo que escapar de unos «gangsters»?
Kent levantó la mano derecha.
—Lo juro —contestó.
—Quizá le siguen buscando todavía. Dicen que esa clase de gentes no perdonan jamás una ofensa...
—Han perdido mi pista. Lo menos que pueden imaginarse es que estoy aquí, en Stockton Wells.
—Quizá le encuentren algún día.
—Lo dudo mucho. Bien, ¿qué le parece si volvemos al trabajo?
—¿De qué serviría? — respondió Adriana, nuevamente desanimada—. Las cosas empeoran por momentos.
—¿Cómo?
—Spelling no quiere, pero yo estoy decidida a que venga alguien aquí y

que nos proteja a todos. Pensé en llamar a la mina, para que me enviasen el autobús. Mí radio está destrozada.

Kent abrió la boca.

—¡No! — dijo.

Adriana hizo un gesto afirmativo.

—Alguien se entretuvo en destrozarla a martillazos —declaró —. Por la mañana, funcionaba; estuve hablando con Dell Halvorson, mi capataz. Le dije que debería tener a punto el autobús, porque quizá lo necesitase hoy mismo.

—¿Por qué no le ordenó entonces que lo enviase a Stockton Wells? — se asombró el joven.

—Pensaba hacerlo después de que usted se fuese con el «jeep». Primero quería comprobar que conseguía llegar a Great Ridge. Desde la puerta de mi casa, con los gemelos, se ve una gran extensión de carretera. A poco, escuché los disparos y no pensé en otra cosa que en coger la bicicleta. Fue a la vuelta cuando encontré la radio destrozada. Yo no pude hablar con Halvorson.

—Es decir, hasta mañana, no tendremos autobús.

—A las siete de la tarde, por lo menos. Kent se pellizcó el labio inferior.

—No hace mucho rato, Spelling ha pronunciado una frase que me ha hecho pensar mucho — murmuró.

—¿Qué ha dicho?

—Estábamos hablando de lo que ocurrió cuando Blount fue arrojado al pozo. Yo alegué que pudo salir. Spelling dijo exactamente: «Sin ayuda, no».

Adriana palideció.

—¿Es cierto?

—Rigurosamente cierto — contestó Kent—, Y su radio destrozada acaba de confirmar las palabras de Spelling. Ocurrió cuando usted y yo estábamos juntos, a seis kilómetros. Blount no pudo dar la vuelta tan rápidamente, ni aun disponiendo de un coche, cuanto menos a pie. Por tanto, lo hizo alguien del pueblo... seguramente, el mismo que !e ayudó a salir del pozo.

—Pero ¿quién, Perry? ¿Quién?

El Joven guardó silencio unos instantes.

—Acabaremos por saberlo —dijo al cabo.

Estaba mirando a través de la ventana y. de pronto, vio a un hombre parado al otro lado de la calle, con un rifle descansando sobre el brazo izquierdo y la mano en el gatillo.

—¿Qué hace ese tipo ahí? — preguntó. Adriana se acercó a la ventana

—Ah, es Max Cromwell. No se mueve ni da un solo paso, si no lleva el rifle a punto.

—Ese nombre me suena..

—Había una sepultura marcada el día que enterramos a Baird. Kent asintió.

—Ahora lo recuerdo — contestó. Se volvió hacia la joven—. ¿Resultaría imprudente tomar una ducha?

—No gaste demasiada agua. El tanque que hay en el tejado sólo tiene

capacidad para mil quinientos litros.

—Lo tendré en cuenta.

* * *

La noche había caído sobre Stockton Wells. Desde su dormitorio, Kent vio a Wedding en la puerta de su almacén, con el reloj de bolsillo en la mano izquierda. Luego, Wedding echó a andar y caminó oblicuamente hacia la oficina del alguacil.

Kent aguardó todavía un buen rato. Cuando lo juzgó conveniente, salió de la casa y se encaminó a la cantina.

El ayudante de Starr estaba tras el mostrador. Sin duda, se había repuesto ya del susto recibido..

Pero Kent no quiso entrar en la cantina. Dio media vuelta y regresó a su alojamiento Cromwell estaba en la puerta de su casa, con el semblante Inexpresivo y el rifle terciado.

Kent subió al primer piso, encendió la luz y se quitó ostensiblemente 1a chaqueta. Al cabo de unos minutos, apagó y volvió a salir, ahora por la puerta trasera.

Dando un gran rodeo, buscó una casa, cuya ubicación había situado previamente durante el día. A los pocos momentos, llamaba suavemente a la puerta.

Alguien abrió con grandes precauciones.

—¡Señor Perry! — exclamó la mujer, asombrada.

—Eulalia, quiero hablar con usted — manifestó el joven.

—Claro. Pase, pase, por favor.

Kent se quitó el sombrero y miró u su alrededor. La casa era modesta pero rezumaba limpieza por todas partes.

—Tenso cerveza en el refrigerador — dijo Eulalia —. ¿Quiere una lata?

—Se la acepto con muchísimo gusto — sonrió Kent.

CAPITULO X

Mientras pedaleaba furiosamente, Kent pensó con cierta melancolía en las agujetas que le saldrían al día siguiente. Luego sonrió al pensar en lo que diría Adriana, si, por casualidad, se enteraba de que le había quitado la bicicleta. Bueno, estaba en el porche de la casa, ella dormía y él había actuado con el máximo de precauciones.

Nadie le había visto salir del pueblo. Todos estaban encerrados en sus casas. Reinaba un pánico espantoso, por lo menos, entre los que podían considerarse implicados en la venganza de Blount, en todos aquellos que habían recibido la fatídica misiva, Armada con los tres círculos negros. Incluso la cantina había cerrado mucho antes de lo habitual. Apenas eran las once de la noche y Stockton Wells parecía una ciudad muerta.

Tal vez lo fuese antes de muy poco tiempo. Sus habitantes la abandonarían, las casas quedarían vacías, el viento y la arena iniciarían el proceso de destrucción.. Alguna puerta quedaría abierta y el viento, en las noches, la movería a un lado y a otro, pero sus golpes no serían oídos por nadie. El viento haría rodar también matojos resecos y los coyotes camparían a sus anchas y aullarían en las noches de luna...

Era un proceso que debería haberse iniciado mucho antes, si Blount no hubiera sido arrojado al pozo, se dijo.

La luna se alzaba ya, enorme, roja, siniestra, cuando Kent alcanzó el punto donde un rifle certero le había obligado a detenerse. Los restos calcinados del «jeep» se divisaban a unos pocos metros de la carretera. Pedaleó un poco más, se detuvo y, dejando la bicicleta en el suelo, continuó su caminó a pie.

A medida que la luna ascendía en el cielo, aumentaba la claridad. Kent caminaba ahora procurando evitar todo ruido, aunque sus zapatillas deportivas amortiguaban el rumor de sus pasos. De pronto, se encontró con una cortadura del terreno, que tenía un trazado casi perpendicular a la carretera.

Buscó un sitio por el que bajar al fondo y lo consiguió sin demasiado esfuerzo. Acto seguido, descolgó de su cinturón la linterna que había llevado consigo y que estaba en la oficina, para casos de emergencia.

Estudió el suelo de la grieta y sonrió a los pocos momentos. Era una suerte que no soplase el viento. Las huellas estaban nítidamente impresas en algunos puntos donde había arena. A veces, desaparecían, pero resultaba fácil seguirlas.

—Y eso que no soy un experto — murmuró, satisfecho.

Caminó durante unos ochocientos metros. De pronto, la grieta hizo un recodo casi en ángulo recto. Un poco más adelante, terminaba en una pendiente que permitía la salida al terreno llano del desierto.

Pero antes, a su izquierda, había un muro de unos cinco o seis metros de altura. Y en el muro había algo que no se debía a la naturaleza.

La lona estaba hábilmente pintada y sujeta de modo que pareciese formar parte del paisaje. Kent se acercó, agarró uno de los bordes con la mano izquierda y la apartó a un lado.

La cueva era grande, espaciosa, aunque su techo no tenía más de dos metros de altura. Kent pudo divisar un «jeep», en perfecto estado, latas de combustible, de agua, cajones de comida... y unas cajas, situadas aparte, y que llamaron especialmente su atención.

Acercándose a una de ellas, levantó la tapa, pero la cerró instantáneamente, estremecido de horror. Una vaharada de olor dulzón, infinitamente repugnante, le dio de lleno en el rostro.

Cerró los ojos un instante. Todavía tenía en sus retinas aquellos horribles animales, agitándose frenéticamente en el interior de la caja. ¿Qué le pasaría a un hombre al que le echasen encima una docena de alacranes?

Al cabo de unos momentos, se sintió con las fuerzas suficientes para examinar el contenido de la segunda caja. Como la anterior, también tenía algunos orificios. Cuando se acercaba, algo largo, negro, velludo, del grosor de un dedo índice, asomó por uno de los agujeros, agitándose furiosamente.

Kent sintió que el sudor corría por su espalda, un sudor frío, como jamás había sentido hasta entonces. Ni siquiera se atrevió a levantar la tapa de la caja. Las tarántulas escaparían y él saldría corriendo, dando chillidos de pánico...

Al cabo de unos minutos, se sintió mejor. ¿Cuánto tiempo había tardado Blount en reunir aquellas horribles bestias? ¿Cuántos días había pasado en el desierto, recorriéndolo una y otra vez, y cazando alacranes y tarántulas para ejecutar su venganza?

Por cierto, los alacranes no habían sido utilizados todavía. Kent se preguntó cómo podría matarlos, sin correr riesgos.

De pronto, se fijó en una de las latas de combustible. La levantó por el asa, desenroscó el tapón y vertió lentamente su contenido por uno de los agujeros, hasta que el líquido llenó totalmente el cajón. Los escorpiones se agitaban frenéticamente.

Luego hizo lo mismo con las tarántulas, pero no se atrevió a encender la gasolina; no quería llamar la atención antes de tiempo. La gasolina acabaría por matar a todos aquellos horribles animales.

A continuación derramó en el suelo arenoso el agua de las cuatro latas que había visto. Abrió los cajones de víveres. Ya no había muchas latas, una docena, a lo sumo. Vio un cuchillo de caza y golpeó varias veces cada lata. Por los orificios, arrojo gasolina y aún volvió a echar más en los cajones que contenían los escorpiones y las tarántulas. Al finalizar, derramó asimismo todas las latas.

Por último, se acercó al «jeep» y deshinchó las cuatro ruedas. Para mayor seguridad, arrancó los cables de las bujías y se llevó el distribuidor.

La tarea quedó concluida cuando la lona quedó en su primitiva posición. Acto seguido, corrió hacia la carretera, montó en la bicicleta y emprendió el

regreso.

Blount ya no cometería más crímenes se dijo. Pero, de repente, echó algo en falta.

¿Dónde estaban las serpientes de cascabel?

Blount también había capturado algunas. Por lo menos, dos; la que mató a Baird, muerta por éste a tiros a su vez, y la que mordió a Marston. Pero de ésta no había el menor rastro.

¿Cuántas había capturado Blount?

¿Dónde las tenía escondidas?

* * *

Alguien golpeó suavemente con los nudillos en la puerta. Spelling se despertó, sobresaltado.

—¿Eh? ¿Quién diablos llama a estas horas?

Una cabeza se asomó por la puerta entreabierta.

—No haga ruido, Lou. Pronto, creo que he visto a Blount. Spelling se sentó de repente en la cama.

—¿Max?

—Sí. Salga, rápido, antes de que sea demasiado tarde.

El alguacil metió las piernas en los pantalones y se puso las botas sin calcetines siquiera, para no perder tiempo. Agarró el revólver que tenia sobre la mesilla de la cama y, con sólo un tirante puesto, se precipitó fuera de la casa.

Al salir, miró a derecha e izquierda.

—Max, ¿dónde diablos te has metido? — preguntó.

—No soy Max — sonó una voz a sus espaldas.

Y, en el mismo instante, notó una mordedura en el cuello, debajo de la oreja izquierda. En una fracción de segundo comprendió que el sujeto se había introducido en la casa, agazapándose junto a la puerta. En sus prisas por salir, no había encendido la luz siquiera.

La serpiente mordió de nuevo. Spelling lanzó un espantoso alarido. Luego, girando sobre sus talones, empezó a disparar su revólver.

Los fogonazos taladraron la oscuridad, a la vez que emitían sonoros estampidos. Algo que era de vidrio saltó en mil pedazos. Otras balas hicieron volar astillas de una mesa.

La carga del revólver se agotó. Entonces sonó una estruendosa carcajada.

—¡Buen viaje al infierno! — deseó alguien, situado en lo más oscuro de la casa. Spelling se tambaleó.

Estaba perdido sin remisión. En aquel instante, lamentó no haber reservado la última bala del revólver para su sien derecha.

* * *

Kent oyó los disparos y los alaridos. Inmediatamente, adivinó lo sucedido.

«Blount ha atacado de nuevo.»

En el pueblo se había producido una espantosa conmoción. Kent, se levantó de un salto y corrió hacia la ventana.

Un hombre caminaba, tambaleándose como un borracho, por el centro de la calle. Su mano izquierda estaba en el cuello.

—¡Blount. Blount...! —aullaba—. Tengo dinero en el Banco. Daré mil dólares al que mate a ese hijo de perra...

Algunos vecinos corrieron hacia Spelling.

—Vamos, Lou, tenemos que hacer algo...

—Queda un «jeep»; te llevaremos a Él Cajón. Spelling los rechazó a todos brutalmente.

—Ya no tengo remedio —jadeó— Siento el veneno que me sube hasta el cerebro La serpiente me ha mordido dos veces en el cuello... Un revólver... Dadme un revólver... ¡Por favor! No quiero morir como un perro. ¡Os he pedido un revólver!

La gente se apartó de Spelling. Todos estaban horrorizados. El alguacil extendió sus brazos suplicantemente.

—¡Quiero acabar cuanto antes! — sollozó —. La cabeza me arde... Todavía puedo apretar el gatillo...

Un par de docenas de hombres en círculo contemplaban espantados a Spelling. Era una escena horripilante, que ponía los pelos de punta.

De pronto, Spelling cayó de rodillas, sin dejar de suplicar un solo instante.

—Os lo pido por favor... Amigos... Todo lo que tengo ahorrado será para el que mate a Blount...

De pronto, alguien exclamó:

—No puedo permitirlo — dijo.

Y se adelantó, con un revólver en la mano, pero entonces, alguien le puso un pie y el sujeto cayó de bruces.

El revólver se escapó de su mano y resbaló un poco por el suelo lleno eje tierra. Su dueño blasfemó obscenamente. Pudo recobrar el arma y la alzó, para disparar un tiro al aire y limpiar el cañón. Pero había demasiada tierra y el revólver explotó fragorosamente. El hombre lanzó un aullido y sacudió la mano ensangrentada.

—Me muero —jadeó Spelling.

Era evidente que le faltaban las fuerzas. Inclinándose hacia adelante, apoyó las manos en el suelo. Una especie de baba densa fluía de sus labios.

De pronto, se hizo un silencio absoluto.

Los hombros de Spelling estaban sacudidos por fuertes espasmos. Lentamente, cayó al suelo de bruces y sus manos empezaron a arañar la tierra, mientras sus piernas se encogían y distendían con tremenda violencia.

Al cabo de unos minutos, los movimientos de Spelling se hicieron más lentos. Finalmente, se quedó quieto.

* * *

—A las siete de la tarde, terminará esta pesadilla

—dijo Adriana.

—¿Lo cree así? — preguntó Kent, mientras removía el azúcar de su taza de café.

—Seguro. El autobús de los mineros sale a las cinco. Les cuesta dos horas llegar aquí. Inmediatamente, haré que me lleven a El Cajón.

Estaban desayunando en casa de Adriana. Ella se sentó frente a su invitado y apoyó los codos en la mesa.

—Han ocultado durante años lo que hicieron con George — manifestó—. Algún día tiene que saberse, Perry.

—Estoy de acuerdo con usted — convino el joven —. Y también creo que esta noche se resolverá todo.

—¿Ha averiguado algo? Kent sonrió.

—Encontré el escondite de Blount en el desierto —declaró.

—¿Qué? ¿Bromea usted, Perry?

—Hablo completamente en serio. Tenía una caja llena de alacranes y otra de tarántulas. Los bañé eh gasolina...

Kent explicó codo lo que había hecho durante la noche. Al terminar, Adriana se sentía estupefacta.

—Pero ¿cómo adivinó que tenía el escondite en aquel lugar?

—Bueno, me salió muy oportunamente al encuentro. Deduje que me había estado vigilando desde que vio el «jeep» a lo lejos.

—Pudo haber estado en la dirección opuesta — objetó Adriana.

—Quizá tiene también otro escondite, pero lo indudable es que estaba en el que yo descubrí y que allí tenía, digamos, su base de operaciones. Había un «jeep», que inutilicé, comida, agua, gasolina... y los bichos. Ya no tiene nada.

—¿Le pegó fuego?

—Oh, no; se habrían visto las llamas y hubieran sonado estampidos. Deshinché las ruedas, me llevé algunas piezas del motor y luego eché gasolina en los cajones donde estaban las arañas y los alacranes. Eso les habrá matado al poco tiempo. Ah, también eché gasolina en sus latas de comida.

—Pero ¿cómo pudo ir...?

—Su bicicleta estaba en el porche.

—¡Vaya! — respingó la joven.

—Tengo el cuerpo lleno de agujetas — sonrió Kent —. Debe de ser la falta de costumbre.

Adriana entornó los ojos.

—Parece como si quisiera ayudarnos — murmuró.

—En todo caso, ayudarla a usted, porque Blount la considera culpable y yo sé que es inocente.

—¿De veras cree que soy inocente?

—Estoy seguro de ello —afirmó Kent.

—Quizá Blount piense de muy distinta manera. Iba a casarme con él, pero

desistí casi en el último minuto. Quiero decir que no vine a Stockton Wells donde se hubiera celebrado la ceremonia. Al poco tiempo, ocurrió aquello... y un día vino un abogado a verme y me anunció que yo era heredera de todos los bienes de George. Por eso estoy aquí —declaró Adriana, muy agitada.

—Es decir, George quiere vengarse de usted, por no haberse casado con él.

—Y porque, seguramente, de habernos casado, ahora no estaríamos aquí y a él no le habrían arrojado al pozo.

Adriana ya no quiso seguir hablando y Kent no insistió. En las declaraciones de la joven había todavía algunos puntos oscuros. Ya saldrían a la luz, se dijo.

CAPITULO XI

Los mineros reían alegres y jubilosos, mientras subían al autobús que les llevaría a pasar el fin de semana en Stockton Wells. Sólo quedaban en la mina los encargados de mantenimiento, quienes descansarían a partir del lunes siguiente. Los casados se sentían felices de volver a estar con las familias En cuanto a los solteros, ansiaban llegar a la cantina, para saciar la sed acumulada en cinco días de duro trabajo.

En la cantina no había chicas. Muchos de los solteros llamarían un taxi por teléfono para ir a El Cajón o a Great Ridge, en donde las mujeres pintadas les alegrarían todavía más el descanso semanal. El trabajo en la mina, aunque bien remunerado, era duro.

Dell Halvorson, el capataz, fue el último en subir y se sentó al lado del conductor.

—¡Arranca, Joe!

—Me llamo Stuart — se quejó el conductor. Llevaba tres años en el empleo y Halvorson no había pronunciado su nombre más que el día en que le contrató.

—Sí, Joe —rió el capataz.

Detrás de los dos hombres, había alegres conversaciones. Durante un buen rato, el autobús rodó a moderada velocidad, dadas las numerosas curvas del camino. Luego encontró un tramo recto y el conductor aceleró. Detrás del vehículo, quedaba una densa estela de polvo blanquecino.

Un poco más adelante, Stuart se dispuso a afrontar un badén en el camino. Las pendientes eran bastante pronunciadas. Cuando iniciaban el descenso, se oyeron dos estallidos.

El vehículo se bamboleó. Casi en el acto, sonaron varios estampidos más. El autobús se ladeó un poco, pero Stuart consiguió dominarlo y dejarlo detenido en el fondo de la barrancada.

—¡Maldita sea! — gritó —. Pero ¿qué ha pasado aquí?

Halvorson se tiró fuera del autobús. Su ancha frente se pobló de arrugas instantáneamente, al ver todos los neumáticos del autobús completamente deshinchados.

—Esto no es natural —dijo en el acto.

—Pero ¿quién diablos ha hecho esta canallada? —grito uno de los mineros.

Halvorson retrocedió lentamente, a la vez que barría el polvo con la bota derecha. De pronto, vio algo y se agachó a recogerlo.

—Allí tienes, Joe —dijo—. Esa es la causa de nada menos que seis pinchazos.

Stuart atrapó al vuelo aquella cosa que tenía cuatro puntas duras y afiladas, ninguna de las cuales media menos de tres centímetros. Algunos mineros empezaron a moverse y Halvorson los frenó con una seca orden:

—Cuidado! Hay más tachuelas escondidas en el polvo y os atravesarían la suela del zapato como si estuviese hecha de cartulina barata. — Volviéndose hacia el chófer, le preguntó—: ¿Cuántos neumáticos tienes de repuesto, Stuart?

La cosa era demasiado grave cuando le llamaba por su nombre, pensó el conductor.

Pero no era ocasión de andarse con chiquillerías.

—En el autobús llevo dos. Hay otras dos más en el campamento...

—¿Podremos rodar con sólo cuatro cubiertas?

—Si no hay más tachuelas Faltan ochenta kilómetros y no resultaría nada agradable quedarse parado en medio del desierto:

Halvorson torció el gesto.

—Hasta el lunes no llegará la caravana de camiones de carga — murmuró — Pero en la mina hay cuatro carretillas de motor. Hay también media docena de remolques, que se pueden enganchar a las carretillas. Cuatro hombres, con Stuart, volverán a la mina y se traerán las carretillas, con los remolques y las ruedas de repuesto del autobús. Stuart, trae también algunas latas con agua.

—Sí, señor.

—Los demás, aquí, aunque sea a mano, a limpiar el camino de tachuelas. Claro que hay matojos secos que pueden servir como escobos también, pero lo que importa es eliminar esos chismes que nos ha dejado algún gracioso... al que yo voy a dejar inútil para toda la vida, cuando me lo eche a la cara y le pegue una patada en donde todos nos imaginamos. ¡Joe, vamos — añadió Halvorson con voz de trueno —, no te estés ahí parado! Hay diez kilómetros hasta el campamento y cuanto más tardes en arrancar, más tardarás en volver' Las familias de los casados empezarán a ponerse nerviosas y... ¿por qué diablos nos han jugado esta mala pasada? —se preguntó pensativamente.

Cuando ya empezaban a andar, Joe se volvió hacia el capataz.

—Dell, ¿llamo por radio a la señorita Colfare?

—Inténtalo, pero no sé qué diablos pasa. Ella no contesta desde ayer. En fin, prueba, ¡pero date prisa, demonios!

Los enormes puños del capataz se abrieron y cerraron convulsivamente.

—Si agarro al que nos ha hecho esta jugarreta...

* * *

Perry Kent pasó por delante de la cerrada oficina del alguacil y contempló durante un instante los tres círculos negros que el asesino había dejado antes de cometer su crimen. Un signo fatal, se dijo.

Siguió andando. Un poco más adelante, consultó su reloj de pulsera. Las siete y diez minutos. ¿Por qué no había llegado ya el autobús de los mineros? Claro que diez minutos de retraso no tenían ninguna importancia, pero se hubiese sentido más tranquilo de verse respaldado por sesenta hombres

fuertes y capitaneados por el enérgico sujeto que era Dell Halvorson. Bueno, ya no tardarían mucho en llegar.

Max Cromwell estaba en la puerta de su casa, silencioso, imperturbable, con el rifle al brazo. Kent sabía que el hombre había jurado disparar contra Blount apenas le echara la vista encima y sin pensar en las consecuencias posteriores.

Momentos después, entraba en la cantina. Eulalia salió a su encuentro.

—He hecho lo que usted me dijo, señor — murmuró en voz baja.

—Gracias, Eulalia.

—Pero tenga mucho cuidado...

—No pase pena. Váyase tranquila; su esposo está al llegar. Y déle lo que él espera después de cinco días. Eulalia soltó una risita.

—No es él solo quien lo espera — contestó.

—¿Quién más, Eulalia?

—Pero, hombre... ¿Acaso puede pensar que hay otro? Mi Ceferino es muy, muy macho...

Eulalia se marchó riendo, a la vez que sus anchas posaderas se movían aparatosamente. Kent buscó una mesa y llamó ni camarero.

—Whisky, por favor. Y una baraja también.

—Sí, señor.

Kent revolvió los naipes y empezó a jugar un solitario. Un hombre se le acercó a los pocos momentos.

—Me han avisado que quería verme — manifestó Wedding.

—Siéntese, por favor. Greg le servirá un trago ahora mismo.

Wedding agarró una silla. Clem Rooster apareció a los pocos momentos.

—¿Qué pasa, Mark? — preguntó. Wedding señaló al forastero.

—El señor Kent tiene que decimos algo — respondió.

—Cuando estén todos los que faltan — sonrió Kent —. Si mis informes son exactos, pronto llegarán Will Fanzer, Link Coogh y Max Cromwell. Son todos los que he citado — explicó.

Poco a poco, aparecieron los nombrados. Cromwell llegó con su inseparable rifle.

—¿Se ha llegado a una conclusión? —preguntó desabridamente.

—Se llegará, muy pronto —respondió Kent, a la vez que barajaba los naipes—. ¡Greg, otra botella!

—Sí, señor.

Kent hizo unos rápidos juegos malabares con las cartas. De repente, lanzó una al centro de la mesa.

—Dicen que el as de picas simboliza la muerte — sonrió—. Me pregunto a quién le tocará esa carta.

—¿Tiene algo que ver con su... convocatoria? preguntó Wedding enfáticamente.

—Era sólo una metáfora — dijo Kent—. Les ruego me dispensen haberles hecho venir aquí, pero quiero hablarles de todo lo que ha sucedido durante

estos cinco días. — Kent pareció ver algunos gestos de protesta y levantó las manos rápidamente—. Soy forastero, lo sé, y no debería meterme en sus asuntos, pero es que se han producido ya varias muertes de la forma en que todos sabemos: Baird, Marston, Starr, Spelling... y quizá hayan muerto ya Lawson y Skinner, porque no han regresado de su viaje de exploración ni nadie se ha atrevido a alejarse más de dos kilómetros del pueblo, y ellos no han contestado ni una sola vez a los disparos de llamada que se les hicieron.

—¿Qué le afecta a usted todo lo sucedido? — preguntó Rooster con agria voz.

—Esas muertes, en cuanto están relacionadas en cierto modo con una persona a la que he llegado a apreciar bastante estos cinco días —respondió Kent, imperturbable—. También me afectan, en cuanto ciudadano de Stockton Wells, puesto que tengo aquí un empleo y cobro un salario. Y, finalmente, porque parece ser qué Blount no murió, contra lo que todo el mundo creía, y aunque todos están de acuerdo en considerarle como un hombre muy hábil y robusto, hay cosas que no ha podido hacer él solo, sino ayudado por otra persona.

—¿Quién? — gruñó Coogh —. ¿Lo conoce usted?

—Todo a su debido tiempo — contestó el Joven — • Empecemos por la primera muerte, anunciada ya por una carta, análoga a la que han recibido otros vecinos de Stockton Wells, firmada con tres círculos negros, aparte del nombre de su autor. Fue la noche del lunes cuando sonaron tres golpes muy fuertes, como aldabonazos. Era la señal para que diese comienzo la matanza, la cacería que ya se ha cobrado seis vidas y. por lo que puede deducirse, no ha terminado todavía.

»Hay algo en lo que debieran haber reparado profundamente, aunque me parece que ya lo han advertido. En cinco días, no ha pasado un solo coche por la población. Sospecho que la carretera está cortada en las dos direcciones; posiblemente, con barreras móviles, que indican obras o algo por el estilo. El teléfono también está cortado y la radio de la señorita Colfax ha sido destruida a martillazos. Sólo queda un «jeep» útil y, por si fuese poco, el grupo motor de la bomba del agua fue dinamitado, lo mismo que la torre del molino de viento. La bomba que tenía el señor Wedding en su almacén fue estropeada, a base de llenarla de arena mezclada con grasa, lo que exige una limpieza a fondo, que puede durar varios días. Finalmente, los dos tanques de gasolina que tenía el señor Wedding en su almacén, fueron perforados, como todos sabemos muy bien. Sencillamente, es un bloqueo total del pueblo, el cual se puede romper hoy mismo, cuando lleguen los mineros en el autocar.

»Ahora bien, ¿por qué quiere vengarse Blount de sus antiguos convecinos? ¿Qué motivos le han llevado a producirles un pánico espantoso, que les hace morir de miedo antes de morir realmente? La respuesta es bien sencilla: la mina de oro. Sin la mina, Stockton Wells ya no existiría, sería una ciudad muerta, que iría cubriéndose lentamente de arena hasta desaparecer por completo.

»Los costos de explotación son muy onerosos. Se consiguen beneficios, por supuesto, pero muy inferiores a los que se deberían obtener, sobre todo, si pensamos en el convoy quincenal de camiones de carga, que tienen que ir a la mina, recorriendo una distancia absurda. Al otro lado de las montañas, a menos de veinticinco kilómetros, está Pine Hills, con ferrocarril. El trazado de una carretera no resultaría demasiado costoso, sobre todo, teniendo en cuenta que no haría falta asfaltarla... pero, entonces, los mineros se trasladarían a vivir a Pine Hills y las oficinas de la compañía se establecerían también en la misma población. Esa carretera, con palas y rastras mecánicas, se podría tener lista en menos de un mes. Se emplearían menos camiones y, por contra, se podrían realizar más expediciones de mineral. Blount había llegado a la conclusión de que eso era lo que le convenía para su negocio y decidió llevarlo a la práctica.

»Sobre todo, porque había encontrado una mujer, a la que pensaba hacer su esposa, y no quería que ella viviese en este pueblo abrasado por el sol. Entonces, cuando los más directamente afectados por la ruina del pueblo se enteraron de los planes de Blount, se enfurecieron... una noche vinieron aquí, bebieron hasta casi emborracharse... y le pidieron que diese marcha atrás en sus negocios. Cuando se negó, el furor de los perjudicados llegó al paroxismo. Hubo palabras muy fuertes y Blount, que tenía un genio muy vivo, no se quedó atrás en los improperios. Hubo golpes, patadas, puñetazos... y la cosa acabó con un par de mesas rotas, cuyas patas sirvieron para golpear a Blount, hasta dejarlo casi inconsciente. Pero los ánimos estaban ya muy excitados y todos temieron que si Blount se rehacía, no sólo se tomaría el desquite, sino que ejecutarla inexorablemente sus planes. Entonces, lo arrastraron por la calle y lo arrojaron al pozo. Estaban medio locos, empapados de alcohol. Luego, cuando las mentes se despejaron, comprendieron la enormidad de los hechos, pero ya era tarde. Spelling estaba presente, por supuesto, pero no alzó un dedo para defender a Blount, porque sabía que si Stockton Wells se despoblaba, el se quedaría sin empleo... y, francamente, era un cargo que le proporcionaba un sueldo sin apenas trabajo.

«Luego, naturalmente, se descubrió que Blount había otorgado testamento y que la mina tenia nuevo dueño, Adriana Colfax, pero ella, ignorante de los propósitos de Blount, se limitó a dejar que las cosas siguieran como hasta ahora. En fin, Blount no murió, alguien le rescató y pudo curarse, y durante tres años, estuvo meditando largamente su venganza, que ha ejecutado en parte, con la ayuda de una persona de Stockton Wells.

—¿Quién es esa persona? —exclamó Wedding agresivamente.

—Max Cromwell — respondió Kent sin vacilar.

CAPITULO XII

La acusación del joven, había provocado un momentáneo silencio, roto muy pronto por una risita burlona.

—Yo, claro... el hombre a quien Blount marcó y señaló su tumba en el cementerio.

Tiene gracia, ¿eh, amigos?— dijo Cromwell.

—Al contrario, no tiene ninguna gracia —aseguró Kent gravemente—. No la tiene porque es usted el autor de todos los estropicios en los coches, o por lo menos de buena parte de ellos; es el que ha perforado los tanques de gasolina y destruido la radio de la señorita Colfax. Cuando fuimos a enterrar a Baird, la tumba podía estar marcada, pero nadie se fijó en el detalle, porque faltaba el cartel anunciador, que debía de estar escondido por alguna parte, muy cerca, desde luego. Entonces, mientras todos estábamos escuchando con gran atención y respeto la oración fúnebre que pronunciaba el señor Wedding, usted, discretamente, sin que nadie lo notase, puso el cartel, para que fuese visto al término de la ceremonia. Sólo queda un «jeep» útil y, qué casualidad, es el suyo.

»Hubo un tiempo, Cromwell, en que trabajó con Blount, buscando oro que no encontraron jamás, aunque sí luego, cuando se rompió la sociedad, Blount halló un excelente yacimiento de bórax, que es el que le proporcionó la riqueza y devolvió la vida a un pueblo que ya agonizaba. Entonces fue cuando usted aprendió a usar la dinamita, lo que le permitió volar el pozo y el molino, siguiendo instrucciones de Blount, con el que se veía secretamente y quien le había prometido algo bueno si le ayudaba. Ahora no me cabe duda de que fue usted el que le ayudó a salir del pozo, tras haber sobrevivido, pero no por un milagro, sino porque cayó en un fondo cubierto de maleza y de arena, lo que amortiguó considerablemente el impacto. A fin de cuentas, no podía olvidar que habían sido socios en tiempos y tal vez esperaba, como ahora, una buena recompensa por esa colaboración.

Cromwell soltó una risita.

—Es absurdo acusarme a mí, cuando todos saben que también he sido amenazado...

—Esta madrugada, cuando alguien quería entregar un revólver a Spelling, para abreviar sus sufrimientos, usted le puso la zancadilla.

—El tropezó conmigo.

—En su casa tiene un sello, con el tampón correspondiente, mediante el cual marcaba usted la casa que Blount señalaba previamente — acusó Kent con rotundo acento—. Sí, un sello como esos que se ven por todas partes, sólo que, en lugar del membrete de una empresa comercial o industrial, tiene un círculo negro.

—¿Quién le ha dado permiso para registrar mi casa? —chilló Cromwell, antes de darse cuenta de la terrible imprudencia de sus palabras.

Entonces, se produjo un súbito silencio. Varios pares de ojos miraban a Cromwell acusadoramente.

—Nos has traicionado, bastardo — dijo Rooster, el primero en hablar.

Cromwell quiso ponerse en pie, pero alguien dio una patada a la silla y lo hizo caer al suelo. El rifle escapó de sus manos. Kent se levantó de un salto.

—¡No le hagan nada! ¡Si le matan, se pondrán a su altura! ¡Puesto que Blount está vivo, no les pueden acusar de asesinato!

Fanzer tenía ya el rifle en las manos y se volvió hacia el joven.

—¿Está seguro de que Blount vive?

—Pregúnteselo a él mismo — respondió Kent.

Cromwell tenía los labios prietos. Aún estaba en el suelo, sin atreverse a mover un solo músculo. Wedding se volvió hacia el joven.

—¿Cómo sabe usted que tiene el sello en su casa? preguntó.

—Estaba demasiado tiempo en la calle, vigilando todo, sin perder detalle. Era el único que estaba constantemente armado y el que podía llegar mejor a su casa, sin ser visto, después de prender las mechas de los explosivos que volaron el pozo y el molino. La señera Hernández también hace faenas de limpieza en otras casas, además del «saloon» — aclaró Kent.

De súbito, Cromwell lanzó una estridente risotada.

—¡Son todos idiotas! — gritó —. Me vigilan a mí, pero George anda suelto por ahí... y he puesto tres círculos negros antes de venir al bar.

—¿Dónde? — quiso saber el joven.

—En la puerta de Adriana Colfax

* * *

Adriana terminó de cenar y fue a su dormitorio, en donde se puso el camisón y una bata. Luego se sentó frente al espejo y empezó a pasarse el cepillo por la larga cabellera. Mientras realizaba la tarea, se sentía profundamente preocupada. Estaba segura de que no iba a poder dormir en toda la noche.

Los motivos de su preocupación habían aumentado. El autobús de los mineros no había hecho acto de presencia. Kent estaba en una reunión de la que esperaba conseguir el nombre del sujeto que había ayudado a Blount a cometer sus horribles crímenes. Se preguntó si aquella noche terminaría todo, si acabaría aquella semana de pesadilla, de horrores sin fin..

Abstraída en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se abría la puerta silenciosamente. De pronto, por el espejo, vio a un individuo en el umbral.

Adriana sintió que se le paralizaba el corazón. George Blount estaba bajo el dintel, sonriendo de un modo extraño. Tenía la boca torcida a causa de una herida mal cicatrizada y en la cara se le veían un par de costurones más. Adriana adivinó en el acto que eran las consecuencias de la caída en el pozo

—Voy a acabar contigo esta noche — anunció Blount. Adriana se levantó muy despacio y giró poco a poco.

Una de sus manos se apoyó en el pecho. Creía que el corazón le iba a estallar.

Blount seguía sonriendo, perversa, morbosamente. Adriana vio las tres cajas que el hombre sostenía en las manos.

—Si hubieses venido en la fecha acordada, las cosas habrían cambiado totalmente para mí, para los dos —prosiguió Blount.

—No... Lo siento... Pasé contigo unos días muy agradables... Luego me di cuenta de que no te amaba con la sinceridad que sería de desear

—Me dejaste por otro hombre...

—¡No, no, eso no es cierto! Cuando tú te fuiste, dejé el «Gussie's». Busqué un empleo pero, a pesar de todo, no te amaba. . Sé que eres bueno, honesto, muy activo... Sin embargo, eso no lo era todo para mí... Créeme que siento infinito lo que sucedió...

—Ahora, al cabo de tres años... Dices que lo lamentas.

—Te lo dije también entonces. George, la mina funciona a pleno rendimiento. Es tuya, no me importa marcharme hoy mismo de Stockton Wells...

—Te quedarás aquí... para siempre.

Adriana fijó la vista en las cajas de madera, relativamente grandes, pero livianas. En su interior se producían unos horribles ruidos, de tonos muy bajos, sin embargo, pero que helaban la sangre en las venas. Creyó desfallecer al adivinar el contenido de aquellas cajas.

—Tu amigo sólo pudo encontrar uno de mis escondites —dijo Blount—. Es un chico listo, muy inteligente, según me han contado, pero lo único que hará ya será asistir a tu entierro.

Adriana dio un par de pasos en sentido lateral. Blount soltó una espantosa carcajada.

—No te molestes. El bastidor de la ventana está asegurado por fuerza, y lo mismo le sucede a la del baño. Aquí te quedarás, en compañía de mis queridos amigos... A ti, por ser la principal culpable, te haré probar todo...

—¡George! — suplicó ella. Pero, de pronto, se dio cuenta de que Blount estaba loco. La sed de venganza había trastornado su mente por completo. No atendería a razones, se dijo.

Repentinamente, sonaron pasos rápidos en el interior de la casa. Alguien pronunció el nombre de la muchacha.

Blount empezó a volverse. En el mismo momento, la puerta se abrió con gran violencia y le golpeó en el hombro derecho, lanzándolo al otro extremo de la habitación.

Al golpe de la caída, las cajas se desprendieron de sus manos y las tapas se abrieron.

Kent lanzó un agudo grito:

—¡Adriana, sal!

Ella reaccionó y recogiéndose la bata y el camisón con ambas manos, corrió hacia la puerta. De las cajas brotaban ya en estampida las arañas y los

escorpiones. Una enorme serpiente de cascabel reptó por el suelo. Kent, horrorizado, cerró la puerta de golpe, en el momento en que sonaba un escalofriante alarido.

—¡Corre, escapa!—gritó.

Adriana huyó, aterrada. Kent abrió un instante los ojos y presenció una escena alucinante.

Blount estaba de rodillas, luchando ferozmente con los alacranes y las arañas que se movían por todo su cuerpo. La culebra le había mordido ya el cuello y se veían las dos picaduras rojas, de las que manaban sendos hilillos de sangre. Blount manoteaba frenéticamente, tratando de librarse del acoso de los artrópodos, que parecían cubrir su cuerpo casi por completo.

—¡Fuera, apartaos! — Aullaba, en el paroxismo de la demencia—. Sois míos, me debéis obediencia. Os ordeno que me dejéis...

Detrás de Kent, alguien lanzó una horrorizada exclamación:

—¡Dios Todopoderoso! ¡Ese hombre está muerto ya!

—Tendríamos que hacer algo...—empezó a decir Kent, pero vio que una tarántula corría hacia la puerta y, espantado, cerró la puerta.

De repente, se oyó un terrible estrépito.

Kent corrió hacia la puerta de la calle. Enloquecido, Blount se había lanzado a través de la ventana, rompiendo cristales y tirantes, para caer a renglón seguido sobre la baranda. Luego se puso en pie y echó a correr a lo largo de la carretera, manoteando frenéticamente, a la vez que emitía incoherentes exclamaciones.

—Dentro de la casa hay bichos venenosos — dijo Kent—. Hay que evitar que se dispersen por la población.

Algunos de los presentes empezaron a reaccionar y buscaron palos. Uno de ellos se procuró una escopeta de caza. Dos estampidos anunciaron el final de la serpiente de cascabel. Los gritos de Blount sonaban cada vez más lejos, pero, repentinamente, se extinguieron y su voz dejó de oírse.

* * *

Los faros del coche de patrulla de Tráfico iluminaron la valla en la que se prohibía el paso por obras. Su único ocupante, el sargento Miles Hodgson, paró el coche y agarró e! micrófono.

—Central, aquí coche Seis —dijo.

—Adelante, Seis — contestaron de la Central.

—Estoy parado a la entrada de la secundaria Diecinueve. Tengo a la vista una valla, que la corta por obras. Pero no tengo noticias de que se hayan iniciado obras de reparación en la Diecinueve.

—Un momento, coche Seis — pidió la operadora—. Voy a informarme. Le llamaré en seguida.

—Muy bien.

Hodgson encendió un cigarrillo. Contempló una vez más el rótulo de la

valla, mientras, pensativo, se decía que al otro lado ocurría algo muy raro.

De pronto, sonó la radio:

—Coche Seis, conteste.

—Aquí el Seis. Adelante, Central.

—No hay obras, repito, no hay obras en la Diecinueve. Investigue e informe lo más rápido que pueda.

—De acuerdo, pero sospecho que pasa algo raro. Procure enviarme un coche de refuerzo. Cambio y cierro.

—Enterado, Seis.

El sargento Hodgson se apeó y retiró la valla. Luego volvió al coche, dio el contacto de nuevo y pisó el acelerador.

* * *

Cerca de las doce de la noche, hizo su entrada en el pueblo una extraña procesión, capitaneada por un renqueante autobús, al que seguían cuatro carretillas de motor, con sus correspondientes remolques, en los que viajaban algunos mineros. Halvorson, sentado junto al conductor del autobús, contempló boquiabierto el espectáculo de los numerosos coches de patrulla, con sus luces chisporroteantes, y los uniformes de la Policía de Carreteras y de las ciudades próximas. Cuando el autobús se hubo detenido, Halvorson se apeó de un salto y exclamó:

—Pero, ¿qué diablos ha pasado aquí? ¿Es que han invadido este pueblo los marcianos?

Eulalia Hernández lanzó un agudo grito:

—¡Ceferino! ¿Estás bien?

Un hombre corrió a su encuentro y la abrazó fuertemente.

—Eulalia, cariño, ¿qué sucede?

—Ven te lo contaré en casa... Esta noche tenemos un huésped.

—¿Quién, en nombre de Dios? — se extrañó Hernández.

—La señorita Adriana Hoy no podría dormir en su casa... pero ya te lo contaré todo... Ceferino, querido, no puedes imaginarte la cantidad de cosas que han pasado en estos cinco días.

Hernández contempló asombrado el movimiento de los policías, algunos de los cuales conducían a varios individuos esposados a la oficina del alguacil.

—Cielos, parece como si se hubiese producido una matanza —exclamó, pasmado.

—Justamente es lo que ha pasado: una matanza.

* * *

El sol brillaba una vez más con fuego abrasador. Kent recogió sus cosas y echó a correr. El autobús de la Greyhound había tocado ya su bocina, anunciando el momento de la partida. Allí, en Stockton Wells, se dijo, ya no

tenía nada que hacer.

Mientras corría, pensó en Lawson y Skinner, cuyos cadáveres habían sido encontrados al fin. Una muerte natía agradable, especialmente la del primero, agonizando en medio del desierto, esperando un socorro que no iba a llegar nunca. Ninguno de ellos había conseguido evitar la ruina del pueblo; sólo la habían retrasado unos años... y a costa de seis vidas.

—Siete, si incluimos al propio Blount — murmuró.

Pensó en los largos meses que Blount había planeado su venganza, después de una larga estancia en un hospital al que su amigo le había llevado con un nombre ficticio. Blount había llegado a creerse dueño de todo: de la mina, del pueblo... y también de los seres mortíferamente venenosos que pululaban por el desierto. Al final, la venganza se había vuelto contra él mismo.

Ya estaba en el autobús. Abrió la portezuela, pero el conductor le expulsó con frases nada amables:

—¡Fuera! Aquí no hay sitio para un vago.

—Oiga, veo asientos vacíos — protestó Kent.

Pero el chófer no le contestó. Cerró la puerta y pisó el acelerador.

Furioso, Kent se agachó para coger una piedra, pero desistió en el acto. Había un comisario provisional y podía encerrarle en la cárcel si rompía uno de los cristales del autobús.

—El conductor no te ha dejado subir, porque se lo he dicho yo.

Kent volvió la cabeza. Adriana estaba a pocos pasos de distancia, encantadora con un traje de hilo blanco y el rostro libre de penas.

—Vaya una jugada — rezongó el joven.

—He podido apreciar que eres un buen contable —añadió ella.

—Adriana, mis antecedentes no son lo que se dice demasiado fiables. Ella se puso seria un instante.

—Todos tenemos un pasado — contestó —. Lo que importa es no recordarlo más. Hizo una corta pausa.

—Al menos, eso es lo que yo intento. Tú, no sé...

—Yo no podría jamás tirar la primera piedra —respondió Kent significativamente. Adriana tendió una mano hacia él.

—Ven — dijo—. Tenemos mucho trabajo. Hay que pensar en el traslado de las oficinas a Pine Hills y en planear la nueva carretera y el sistema de transporte... Halvorson cree qué tú eres el hombre indicado para ayudarme.

Le miró un instante y añadió:

—Necesito ayuda en todos los sentidos, Perry.

—Nunca te defraudaré — prometió Kent.

Echaron a andar bajo el sol. Hacía un calor espantoso, pero creyeron que se hallaban en una sombreada floresta, entre el césped y junto a un arroyo de aguas frescas y saltarinas.

FIN